

Semblanza espiritual de Arizmendiarieta

ISBN: 978-84-09-48838-4

ISNI: xxxxxxxxxxxx

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 8

Por † Juan M^a URIARTE, Obispo emérito de San Sebastián

JOSÉ MARÍA ARIZMENDIARRIETA, EN EL ORIGEN DEL MOVIMIENTO SACERDOTAL DE VITORIA 13

Por Saturnino Gamarra

- El origen del Movimiento Sacerdotal en algunas de sus fechas, y D. José María en ellas 14
- Aspectos que caracterizan el Movimiento sacerdotal de Vitoria 16
- Campos de acción del Movimiento sacerdotal de Vitoria 20

RASGOS BIOGRÁFICOS DE ARIZMENDIARRIETA 25

Por Juan Tejero

LAS VIRTUDES EN ARIZMENDIARRIETA SEGÚN LA POSITIO 30

Por José Ignacio Gárate

1. Ansias de Santidad 30
2. Virtudes Teologales 34
 - 2.1 Virtud de la Fe 35
 - 2.2 La virtud de la esperanza 36
 - 2.3 La virtud de la Caridad 37
 - 2.3.1 Amor a Dios 37
 - a. Amor oblativo y victimal 38
 - b. Vivía en la presencia de Dios 38
 - c. Amor a la Eucaristía 38
 - d. Amante de la oración mental 39
 - e. Piedad. Amor a la Virgen y a los santos 39
 - f. Amante del rosario 39



José María Arizmendiarieta

Markina 22 - 4 - 1915

Arrasate 29 - 11 - 1976

2.3.2 Amor al prójimo	40
a. El campo de acción del Siervo de Dios	40
b. La caridad en acción	41
c. Trabajo digno para los obreros	42
d. Ayuda del Siervo de Dios a los grupos más necesitados.....	42
e. Las ayudas a los necesitados	43
f. El amor a los obreros	43
g. Amor a los enfermos	44
h. Amor a los pecadores	44
i. Amor universal y desinteresado	45
3. Virtudes cardinales.....	46
3.1 Prudencia heroica	47
a. El Siervo de Dios, además de la prudencia humana, tenía la virtud de la sobrenatural	47
b. Don de consejo. Confesor y director de almas	48
3.2 La virtud de la Justicia.....	48
a. Justicia para con Dios.....	49
b. Justicia para con los hombres.....	49
b.1 Justo con los demás.....	49
b.2 Apóstol de la justicia social.....	50
b.3 Justicia social para con los trabajadores.....	51
b.4 Los trabadores operadores de la justicia social	51
3.3 Virtud de la Fortaleza.....	52
a. Fortaleza durante la niñez	52
b. Fortaleza durante su juventud	53
c. Su fortaleza durante su ministerio sacerdotal	53
d. Fortaleza en la enfermedad.....	54
3.4 . Virtud de la Templanza	54
4. Virtudes anejas.....	55
4.1 Virtud de la pobreza	56
a. Abraza voluntariamente el consejo evangélico de la pobreza	56
b. El cura de la maleta de cartón y la bicicleta.....	56

4.2 Virtud de obediencia	58
a. Obediente con sus padres y con los superiores.....	58
b. Obediencia al Obispo.....	58
c. El hombre de la obediencia	59
d. Respeto a los superiores.....	60
e. Obediente al párroco.....	60
4.3 Virtud de Castidad	61
4.4 Virtud de Humildad	61
a. No aceptaba ni honores ni privilegios	62
b. Dominó la soberbia, su pasión dominante.....	63
5. Fama de santidad	64
5.1 Fama de santidad espontánea, no suscitada artificialmente.....	65
5.2 Fama de santidad en vida	65
5.3 En el momento de la muerte	65
5.4 Después de la muerte.....	66
CUATRO VISIONES SOBRE SU ESPIRITUALIDAD	69
<i>Por Xabier Andonegi, Jabier Etxeberria, Pako Etxebeste y Mikel Ormazabal</i>	
Semblanza Espiritual de D. José María	69
La espiritualidad de D. José María Arizmendiarieta	74
José María Arizmendiarieta (1915-1976), coadjutor de Mondragón.....	77
Semblanza espiritual de don José María Arizmendiarieta	81
EPÍLOGO. ARIZMENDIARRIETA: ESPIRITUALIDAD ENCARNADA.....	85
<i>Por Xabier Retegi</i>	

INTRODUCCIÓN

Por † **Juan M^a URIARTE**,
Obispo emérito de San Sebastián

La imagen de José M^a Arizmendiarieta como genial inspirador y tenaz fundador de las “Cooperativas Mondragón” ha quedado bien grabada en la conciencia colectiva. D. José M^a es para muchos un extraordinario creador y promotor social y económico. En cambio, su admirable perfil evangélico, testificado por la Iglesia al reconocer públicamente sus virtudes heroicas en 2015 ha quedado en la penumbra. Son escasos los que conocen y valoran su condición de creyente impregnado de un aliento espiritual que dinamiza toda su persona y toda su obra. El “hombre exterior” es sumamente valorado. “El hombre interior” es un perfecto desconocido. Darlo a conocer es el objetivo de este libro.

Este desconocimiento no es algo ausente de importancia. No puede explicarse la figura y la obra de este gran hombre sin conocer el espíritu que le anima y le motiva. Tal espíritu no consiste única ni primordialmente en su evidente talento creativo, observador, práctico, perseverante. Ni siquiera se reduce a una sensibilidad exquisita que sintoniza activamente con la lastimosa situación de la postguerra. El motivo originario y básico que pone en movimiento estas y otras cualidades es su adhesión a Jesucristo y su identificación con Aquél que vino a establecer un reinado perenne de justicia y de igualdad entre todos los seres humanos, empatizó con los sufrientes y excluidos y se comprometió en su liberación total. La razón fundamental de su entrega plena al servicio de esta causa es la voluntad de restaurar la dignidad humana pisoteada de una población abatida y sin futuro y el anhelo de enderezar y completar una creación de Dios aún inacabada. La consagración de este hombre a la tarea que va descubriendo desde los primeros años de su vida sacerdotal es signo y efecto de su consagración total a Jesucristo. Dios se valió de su temprana educación familiar, de su formación espiritual en el Seminario y de su condición sacerdotal que le ponía en contacto vivo y cotidiano con las necesidades y heridas de la gente. Dios activó sus cualidades humanas focalizándolas en el cauce de la gran tarea social de su vida.

Lo sorprendente de la trayectoria de este sacerdote de cuerpo entero es que el inmenso volumen de sus preocupaciones y de sus proyectos sociales se combinaran connaturalmente con la modesta y permanente labor de coadjutor

de una parroquia. El confesonario, la formación espiritual de jóvenes y adultos y la celebración diaria de la Eucaristía, lejos de ser “tareas residuales” o simplemente complementarias eran estimadas por él como algo tan valioso que sería “lo último que estaría dispuesto a dejar”. Eran el núcleo de su vocación. Arizmendiarieta no se “secularizó” con sus proyectos y sus logros extraordinarios. Fue “siempre y en todo sacerdote” hasta la médula de sus huesos. Su corazón sacerdotal se sentía en su lugar propio, tanto en el altar y el confesonario como en la oficina en la que trabajaba, recibía y aconsejaba durante la jornada. Ambas áreas de su existencia estaban regadas y unificadas por su espiritualidad, cuidadosamente cultivada por una intensa y extensa vida orante. La figura de este hombre no se parece en nada a esos retratos cubistas en los que un poderoso tabique vertical divide el rostro humano en dos partes desiguales: una más trabajada y otra más descuidada. D. José M^a no es un hombre dividido entre su ministerio y su tarea social. Su figura refleja una admirable **unidad interior**. Su unidad interior es la fuente de su fecundidad. Y la clave de esta unidad y fecundidad es su espiritualidad.

La experiencia del Seminario de Vitoria le preparó para cuajar de esta manera. En el Seminario de la pre-guerra se respiraba una espiritualidad en la que se alimentaban recíprocamente la intensidad interior y la amplitud exterior, la pasión por Dios y la debilidad por los necesitados y excluidos. D. Rufino Aldabalde era testigo y promotor de una vida centrada en Cristo. D. José Miguel de Barandiarán y D. Manuel Lekuona despertaban y cultivaban el sano amor al mundo y a la concreta humanidad. No es extraño que de esta Escuela saliera una generación de sacerdotes como D. José M^a que, al encontrarse con una sociedad necesitada y sufriente, quebrantada por la guerra, se entregara a responder con palabras y obras. Unos se implicaron en construir viviendas para los inmigrantes. Otros a crear escuelas en las zonas más deprimidas del país. Marcelo Gangoiti en la zona de Somorrostro, Máximo Guisasola en la Misión de los Ríos y otros muchos colegas son, con sus diferencias, “primos hermanos” de nuestro hombre. D. José M^a no es, pues, una figura exótica, aunque sí extraordinaria, en el contexto sacerdotal y en la situación social de su tiempo.

Es curioso observar que la teología que estos hombres aprendieron era demasiado cerrada para concebir y promover esta apertura a lo humano y lo social. El sacerdote tenía entonces un campo delimitado que no autorizaba tales incursiones. Me atrevo a afirmar que la sensibilidad y la praxis alentada por los mejores formadores del Seminario comportaba “avant la lettre” una sensibilidad y una praxis que desbordaba los límites estrechos de la teología que se enseñaba

en ese mismo Seminario. La teología ulteriormente asumida enriquecía y aquilataba una concepción de la **salvación integral** aportada por Jesucristo. Esta concepción incluía dentro de la tarea salvadora el trabajo por la dignidad humana, la justicia y la igualdad con el anuncio explícito de Jesucristo y la transmisión sacramental de su fuerza salvadora, “sin confusión ni separación”.

Lejos de ser dos planos que se excluyen mutuamente, estas dos dimensiones se potencian mutuamente. Así sucede en la experiencia de D. José M^a. El ministerio (sobre todo la celebración de la Eucaristía) motivaba y alimentaba su trabajo social. En contrapartida, las necesidades sentidas por jóvenes, obreros, mujeres y los proyectos nacidos para afrontarlos refrescaban su ministerio para que no se resecase ni se mecanizase. Porque “el que sube al Dios de Jesús baja a este mundo y se compromete con él”.

Es cierto que entre los diversos campos de la salvación cristiana concebida en su integralidad hay tareas que se adjudican preferentemente a grupos diversos de la comunidad eclesial: sacerdotes, religiosos y laicos. “Gaudium et Spes”, uno de los documentos clave del Concilio Vaticano II (2ª parte, cap. 1-5) asigna especialmente a los laicos el mundo de la familia, del trabajo, de la vida económica, de la participación implicativa en la actividad política. La inmersión de los sacerdotes en estos campos ¿no es una cierta intromisión que contribuye a perpetuar la “minoría del laicado”?

La adjudicación de tareas ha de tomar en serio este criterio distribuidor. Pero en esta distribución no deben distinguirse los campos “con tiralíneas”. Hay personas carismáticas y situaciones excepcionales. En una época de postguerra con tanta gente herida, enfrentada, desesperanzada, el genio de un sacerdote levanta la moral de la gente y pone a su servicio el relieve social y el prestigio que le brindan su persona y su ministerio. Censurar esta inmersión de D. José M^a me recuerda la actitud de los maestros de Israel que acusaban a Jesús de “curar en sábado”-

Pero, además, desde muy temprano, tuvo Arizmendiarieta la preocupación por un laicado que desarrollara la labor iniciada bajo su inspiración. Limitado aún de recursos materiales, se las ideó para que pronto cinco de sus inmediatos colaboradores cursaran estudios superiores y fueran tomando las riendas de aquel movimiento creciente. La formación de los cooperativistas laicos del presente y del futuro fue en su vida una preocupación constante.

La muerte le sorprendió prematuramente. Sus continuadores tienen ahora la ardua tarea de ser fieles al espíritu del fundador y de encarnarlo y adaptarlo a la compleja y variable situación presente. Comprender su espiritualidad es necesario para acertar en este menester. El presente libro es adecuado para iniciarse en la interioridad del fundador. Espero que esta publicación sea seguida por otras que analicen y enriquezcan las múltiples pistas que en él se apuntan.

†



1940

Últimos años de seminarista.

JOSÉ MARÍA ARIZMENDIARRIETA, EN EL ORIGEN DEL MOVIMIENTO SACERDOTAL DE VITORIA

Por *Saturnino Gamarra*

Presentación

Se nos pide que presentemos la espiritualidad sacerdotal en el Seminario de Vitoria, con una finalidad muy concreta, la de situar en dicha espiritualidad la formación de José María Arizmendiarieta, que fue seminarista en los años 1927-1940. Y aquí tenemos la gran sorpresa: son estos años, precisamente, los que contienen el origen de nuestro llamado “Movimiento Sacerdotal de Vitoria”. ¡Qué coincidencia! ¡Cosa mejor no se me puede pedir! Mi fidelidad agradecida a esta espiritualidad y mi admiración a D. José María no me permiten declinar dicha invitación; la acepto con gusto, pero sintiéndome urgido a responder con precisión a lo que se me pide. De entrada, comenzamos con unas breves aclaraciones.

- a. Si se nos pide que hablemos de la espiritualidad sacerdotal que hubo en el Seminario de Vitoria durante esos años, ¿por qué hablamos del Movimiento Sacerdotal? La explicación es muy sencilla. La fuerza de la espiritualidad en este momento no estuvo tanto en un proyecto teórico del sacerdocio sino en el plan de vida de unos sacerdotes amigos, recién ordenados, recogido en un reglamento de vida y compartido con otros sacerdotes. Lo del “Movimiento sacerdotal” llega más tarde, cuando fue necesario que se identificara ante el acoso de preguntas: “¿Quiénes sois?”, “¿A dónde vais?”, “¿Sois movimiento?”, “¿Sois Obra?” Esta fue la respuesta que dieron: *“Nosotros somos más bien un movimiento... somos una fuerza en marcha. Marchamos hacia adelante, con fe ciega en nuestro sacerdocio, aunque sin saber exactamente cuáles van a ser las etapas que Dios reserva a nuestro caminar”*¹. Así ha sido reconocido el Movimiento sacerdotal de Vitoria en España y fuera de ella².
- b. Subrayamos que el punto de partida del movimiento sacerdotal está en la visión y en la vivencia del sacerdocio, con sus correspondientes compro-

misos. Se trata del Grupo de amistad espiritual, cuyos miembros son **Rufino Aldabalde, Ramón Echeberría, Joaquín Goicoecheaundía, Venancio Iceta** y **Juan Lázpita**, que terminan su estancia en el Seminario en el año 1927 (excepto Aldabalde) comprometiéndose todos a un reglamento: “**Reglamento de sacerdotes-víctimas**”³, y que posteriormente lo ofrecieron a los sacerdotes.

- c. Es obvio que nos preguntemos por la suerte que José María Arizmendiarieta corrió en el Seminario de Vitoria, en estos años tan especiales. ¿Tuvo algo que ver en esta “movida” del Seminario? ¿La estancia de José María en el Seminario y el origen del Movimiento sacerdotal pasaron de ser una mera coincidencia de fechas? ¿Recibió algún influjo de la nueva espiritualidad? ¿Llegó a intervenir en la puesta en marcha del Movimiento sacerdotal? Lo veremos más adelante.

El origen del Movimiento Sacerdotal en algunas de sus fechas, y D. José María en ellas⁴

No intentamos un desarrollo completo de los orígenes del Movimiento Sacerdotal, nos basta con tener delante la panorámica de unas fechas en la que podamos situarnos.

Tengamos muy presente que en los años **1927-1941**, la Diócesis de Vitoria incluía a Álava, Guipúzcoa y Vizcaya; y que la división de la Diócesis y del Seminario fue a finales de 1949.

1927

El grupo, origen del Movimiento Sacerdotal, deja el Seminario en este año con la conciencia viva de su Consagración de Sacerdote-Víctima.

José María, que nació en Barinaga, Markina, en 1915, ingresa en el Seminario de Castillo-Elejabeitia para cursar 1º de Humanidades.

1930-1932

Al comienzo de este curso, 28 de septiembre de 1930, tuvo lugar la solemne inauguración del nuevo edificio del Seminario de Vitoria. Los dos cursos siguien-

tes, 1930-1932, fueron continuación del Seminario anterior. -Durante el curso fue proclamada la República, 14 de Abril de 1931.

José María asistió a la solemne inauguración como seminarista de Castillo-Elejabeitia, de 4º de Humanidades. Terminado el curso, pasará al Seminario de Vitoria, donde hace el 5º de Humanidades, 1931-1932; y cierra el ciclo de las Humanidades. Comenzará Filosofía.

1932-1936

Al comienzo del curso 1932-1933 hay un cambio notable en el Seminario: cambio de rector, de profesores y de formadores. En el claustro de Filosofía permanecen los profesores ya conocidos: D. Leoncio Aravio-Torre, D. José Miguel Barandiarán, D. Manuel Lecuona y D. Juan Thalamás; y entra por primera vez D. Joaquín Goicoecheaundía, como profesor de Crítica y Director espiritual de filósofos. Es novedad.

José María va a tener en los profesores citados una referencia muy importante para su formación; y la tuvo en D. Joaquín, de forma especial, por la dirección espiritual que tuvo con él, y que la siguió, también, en primero de Teología, en el curso 1935-1936.

1936-1939

La guerra civil es realidad el 18 de Julio de 1936. El edificio de nuestro Seminario quedó convertido en “Hospital de sangre”. ¿Qué solución hubo para los seminaristas? a) Los seminaristas filósofos de Vitoria van a Logroño el 23 de Noviembre de 1936; bajo la dirección de D. Jesús Enciso, les acompañan D. Roberto Aguirre y D. Joaquín Goicoecheaundía. b) Hubo un “intento” de Seminario en Bilbao, bajo la dirección de D. Pedro Menchaca, para los seminaristas vizcaínos, de la zona fiel a la República. Fue inaugurado el 8 de Marzo de 1937 y no llegó a finales de abril. c) Y tenemos, por fin, el Seminario en Vergara. La inauguración fue el 8 de Diciembre de 1937. Encontramos la grata novedad del Director espiritual, D. Rufino Aldabalde, cuya presencia será notable.

José María. ¿Cuál fue su recorrido en estos años de guerra?

1. **1936-1937**. Entró en la caja de reclutamiento el 1 de Agosto, y fue movilizado el 9 de Diciembre. Su destino fue la redacción del periódico Eguna en Bilbao. Acudió al “Seminario de Bizkaia” matriculándose en 2º de Teología. Bilbao

es tomado el 19 de Junio de 1937. José María fue detenido y encarcelado el 13 de Julio; y el 12 de Agosto, después de un Consejo de guerra sumarísimo, quedó libre. En todo este tiempo, mantiene una muy buena relación con D. Joaquín.

2. **1937-1938.** Ante el anuncio de la apertura del Seminario en Vergara, no duda en incorporarse para hacer 2º de Teología. Ahí se encuentra, por primera vez, con D. Rufino Aldabalde. Pero el 27 de Marzo de 1938, José María es llamado a filas de nuevo ejército (es guerra civil) y fue destinado a Burgos. Le permitieron asistir a las clases del Seminario, y tuvo el examen de 2º de Teología en Vergara. 3) **1938-1939.** Cursa 3º de Teología en Burgos. La guerra termina el 1 de Abril de 1939; y es licenciado del servicio militar el 27 de Julio. Se afianza su relación con D. Rufino, quien le visita en Burgos.

1939-1940

El Seminario vuelve a Vitoria. Es el último curso para José María; en el 21 de Diciembre de 1940 le espera la ordenación sacerdotal. Se comienza el curso con unos Ejercicios muy anunciados: *“Santos Ejercicios Espirituales para seminaristas ex combatientes”*, dirigidos por D. Rufino Aldabalde, y que resultaron impactantes. Está claro que D. Rufino dispone en este Seminario de un campo amplio donde poder trabajar.

Y no debe causar sorpresa alguna. La dirección espiritual en el Seminario está suponiendo para D. Joaquín y para D. Rufino el lugar mejor y la ocasión más propicia para ofrecer y llevar adelante la espiritualidad sacerdotal que les mueve, encontrando, además, eco en personas como José María. El tándem Goicoechea - Aldabalde ha resultado perfecto en la relación con José María Arizmendiarieta. Seguiremos los pasos.

Aspectos que caracterizan el Movimiento sacerdotal de Vitoria

Si admitimos que la espiritualidad sacerdotal en Vitoria tuvo una peculiaridad reconocida, nos corresponde señalar los aspectos que la caracterizan. Presentamos los que consideramos más fundamentales, invitando a verlos interrelacionados y en su conjunto.

a. *La identificación con Cristo.* Se trata de vivir el sacerdocio en una configuración con Jesucristo Sacerdote y Víctima. El Movimiento, además de insistir en que lo radical del sacerdocio está en la identificación con Cristo, presentó como su connotación especial la victimación con Cristo Sacerdote Víctima. Es un aspecto que hoy puede resultar llamativo y pida que se preste atención a la cristología que lo sustenta⁵; pero nos basta, por ahora, saber que en el artículo 1º del Reglamento que se ofreció a los sacerdotes y seminaristas en 1935 dice: **“La configuración en todo con Jesucristo, Sacerdote y Víctima en la cruz y en la Eucaristía”**⁶ Es el punto de partida del Movimiento Sacerdotal que buscamos.

b. *La santidad sacerdotal.* Es verdad que la santidad es el fruto de la identificación con Cristo, pero en los orígenes del Movimiento ocupó un lugar preferente; el grito de D. Rufino: *“O ser sacerdote santo, o no serlo”* ha seguido resonando. Pero hablar de santidad en nuestro tiene una connotación peculiar: es una santidad que descansa en el mismo sacerdocio, no es otra cosa que vivir el sacerdocio con todas sus consecuencias. La santidad no le viene al sacerdote de fuera del sacerdocio, ni le es previa al ejercicio del sacerdocio, está en el mismo Sacerdocio. Todo parte de la participación del Sacerdocio de Cristo. Concluimos: La visión de la santidad del sacerdote quedó expresada en la fórmula tan repetida y querida por seminaristas y sacerdotes: ***Siempre sacerdote, sacerdote en todo, sólo sacerdote.***

c. *El Grupo de amistad espiritual.* Podríamos pensar que el hecho del “grupo” como origen fundador fue algo secundario, y que, después del lanzamiento del Movimiento, quedara solo en el recuerdo; pero no fue así, sino que el “grupo de amistad espiritual” ha quedado incorporado como elemento esencial. Aprendimos que el origen del Movimiento Sacerdotal está en el Grupo de los cinco; sabemos que D. Joaquín, Director espiritual en Filosofía, impulsó los grupos presentándoles el “Reglamento de Grupo para el seminarista-víctima”; hemos experimentado lo que es la vida del Seminario organizada con los grupos de amistad espiritual; entendimos muy bien que el grupo es para la comunidad y que la finalidad es la comunidad; y descubrimos hoy -¡atención!- que, en Filosofía, en el curso 194-1935, quedó formalizado el grupo compuesto por **José María Arizmendiarieta**, Anastasio Albixu, José Gandiaga, Marcelo Gangóiti, Anastasio Goicoechea y Ramón Narbaiza; que el 10 de Marzo de 1936 -ya en Teología- el grupo realizó su consagración a Jesucristo Sacerdote, y que funcionó a pesar de la dispersión en la guerra⁷. No podemos extendernos más; basta con reafirmar que “el grupo de amistad

espiritual” es un valor esencial del Movimiento sacerdotal y que José María lo vivió.

- d. *La necesidad del sacerdote.* Fue muy viva la conciencia de que el sacerdote era del todo necesario en la sociedad; era visto necesario para el cristiano y para la sociedad; necesario para todos. Esta necesidad partía de la viva relación que hay entre el sacerdote y Cristo -*Si el mundo ha de salvarse será por el sacerdote...*”*Quia alter Christus*”⁸-, y se alimentaba en la dura situación que acababa de padecerse. El Movimiento sacerdotal se puso en marcha en la preguerra civil, se reforzó dentro de la misma guerra y se lanzó envalentonado finalizada la guerra. En medio del conflicto que se padecía, suena bien la frase de D. Rufino: *“La salvación viene de Cristo y de del sacerdote santo”*. Desde esta conciencia tan viva que se tenía de la necesidad del sacerdote y de sacerdotes santos se explica la fuerza que tuvo la vocación al sacerdocio. En contrapartida, tenemos hoy a la vista que, debilitada la conciencia de la necesidad del sacerdote, se debilitan la llamada al sacerdocio y la opción por secundarla.
- e. *La revalorización del sacerdote diocesano.* El Movimiento Sacerdotal tiene una finalidad clara, y la presenta en los primeros Editoriales de Surge: *“Eleva aún más el nivel sacerdotal”, “Revalorizar el sacerdocio y el apostolado sacerdotal”, “Dignificar el sacerdocio”*. Todo esto supuso potenciar al sacerdote diocesano tanto en la espiritualidad -acabamos de verlo más arriba- como en el campo del apostolado, es decir: que actividades pastorales que aparecían reservadas a religiosos, empezaron a verse en manos de sacerdotes diocesanos, como la dirección espiritual, las Misiones, los Ejercicios Espirituales, la formación espiritual de los seminaristas. Esto supuso un gran cambio en la visión del sacerdote diocesano y en su vida.
- f. *La diocesaneidad* llegó a ser todo para el sacerdote. Soy sacerdote en la Diócesis; actúo **en** la Diócesis y **con** la Diócesis; me debo a la Diócesis; vivo en la Diócesis y permanezco en ella para lo bueno y lo malo. La vinculación del sacerdote con la Diócesis es el compromiso más radical y más total que cabe en el sacerdote. El cura es más diocesano que el Obispo que, antes o después, dejará la Diócesis para pastorear otro rebaño. Es manifiesta la diferencia que hay entre el sacerdote que **está** en la Diócesis y el que **es** sacerdote en su Diócesis. La diocesaneidad configura la persona y la vida del sacerdote.

- g. *La capacitación del sacerdote diocesano.* Acabamos de ver cómo el Movimiento sacerdotal busca la promoción del sacerdote tanto en su espiritualidad como en sus actividades pastorales. Además, se nos dice en Surge: *Nosotros no podemos ser sacerdotes sino siendo apóstoles.* Y acogemos la visión que Fernando Urbina tiene del Movimiento sacerdotal: *La espiritualidad del Seminario de Vitoria consiguió una interesante síntesis entre el espíritu ignaciano, de marcado cuño apostólico y el sulpiciano (escuela francesa), de tendencia más litúrgica y cultural. Supo aunar los valores activos y los contemplativos...*⁹ Si todo esto es verdad, deberá verse el interés por la capacitación del seminarista cara al futuro

La dedicación de profesores competentes como D. José Miguel Barandiarán y D. Manuel, y, un poco después, la fuerza arrolladora de D. Rufino aseguran la capacitación del seminarista para las tareas que les esperan en breve. D. Rufino Aldabalde, ordenado en 1931, vinculado al Seminario de San Sulpicio de París por la visión del sacerdocio, y avalado por la experiencia pastoral de 3 años de atención a los emigrantes españoles en el sur de Francia y de 1 año en la parroquia de Las Arenas (Vizcaya), es nombrado por el Obispo, D. Javier Lauzurica, Director espiritual del Seminario de Vitoria en Vergara (1937). D. Rufino Aldabalde, sin muchos miramientos, más bien urgido por la necesidad, crea rápidamente en el teologado dos “Grupos de trabajo” de seminaristas, el “Grupo de Ejercicios” y el “Grupo de escritores”. D. Rufino animó o empujó a José María Arizmendiarieta a que formara parte del “Grupo de Escritores”, a quien se le ve asumiendo responsabilidades dentro de él. En una de las reuniones, José María propuso el nombre de **“Surge”** (¡Levántate!) para la revista que se pensaba publicar; y leemos: *“En marzo sale el tercer número de la revista, ahora con la cabecera de Surge. Es el primero que dirige José María y que es tirado a imprenta”,* y la sorpresa va a más cuando terminamos leyendo: *“José María es un miembro esencial del equipo de seminaristas y de sacerdotes que puso en marcha este Movimiento”*. ¿Se puede decir más de José María? Pues Fernando Molina llega a decir más adelante: *“Ha llegado a una cierta ósmosis con su Director Espiritual. Es su más estrecho colaborador”*¹⁰. ¡No esperábamos encontrar tanto!

Campos de acción del Movimiento sacerdotal de Vitoria¹¹

Los campos de acción del Movimiento son todos; no hay ninguno que quede excluido, pero tuvo un influjo notable en los siguientes:

a. **Los Ejercicios Espirituales.** Fueron la primera obra relacionada con el Movimiento sacerdotal. Vemos su relevancia en este sencillo esquema. 1) Fundamentación. El principio en el que descansó la preferencia a los Ejercicios es el siguiente: *“Los Ejercicios son el medio más apto para la renovación sobrenatural de las almas y recristianización de la sociedad”*. 2) La dedicación y la entrega que supusieron los Ejercicios se reflejan en estos datos: La Diócesis de Vitoria llegó a tener tres casas **Diocesanas** de Ejercicios: en San Sebastián (1940, se inauguró recién terminada la guerra); en Bilbao (1942), Vitoria (1949). 3) Resultados. Nos los acercan estas cifras: en 1950 se contabilizó que en los diez años y entre las tres casas fueron 30.000 los que hicieron los Ejercicios en completo retiro. 4) Los Ejercicios y el sacerdote diocesano. Resultó desafiante que los Ejercicios pasaran de ser exclusivos de los jesuitas a ser dados por sacerdotes diocesanos; y tuvo un gran sentido la creación de la Escuela de Directores de Ejercicios en Vitoria (1952) bajo la dirección de D. Joaquín Goicoecheaundía.

No podemos pasar sin que recordemos que de los Ejercicios espirituales se deriva el acompañamiento espiritual, que fue un campo muy querido del Movimiento sacerdotal.

b. **Las Misiones Diocesanas.** Puede afirmarse que el sacerdote diocesano misionero es la aportación más genuina del Movimiento sacerdotal; han sido los sacerdotes misionero los que han ofrecido el nuevo rostro del clero diocesano. Tuvo fuerza la visión de que el ser misionero es constitutivo del ser sacerdote; que se es misionero por ser sacerdote. Y, consecuentemente, el sacerdote misionero no tiene que dejar de pertenecer a su diócesis, sino que precisamente lo era desde ella, y, a su vez, a la misma diócesis el sacerdote le hacía misionera. Esta es la gran realidad que se abrió camino por primera vez en la Iglesia con nuestros sacerdotes misioneros en el año 1948, a los que acompañaron religiosas y seglares de la Diócesis. La Diócesis es misionera. Es impensable cerrar este punto sin hacer presente a D. José Zunzunegui, principal artífice de esta gran Obra sacerdotal, misionera, diocesana¹².

c. **La formación intelectual en el sacerdote diocesano.** Ha estado muy claro que no hay formación adecuada del sacerdote diocesano sin estudios, como tampoco hay verdadera espiritualidad sin la base doctrinal. -Me viene a la memoria un comentario de D. José Zunzunegui: “Con buena voluntad se hacen muchos disparates”-. Hemos palpado satisfactoriamente que en la misma proporción en que se cultivó el espíritu, se cultivaron los estudios. La proporción debe mantenerse, pero al alza, sin rebaja. Así lo vemos: 1) En D. José Zunzunegui Todos reconocemos la gran aportación que ha supuesto D. José al Movimiento sacerdotal promocionando los estudios del Seminario hasta conseguir la concesión de la Facultad de Teología¹³. 2) En D. Rufino Aldabalde. Es digno de tenerse en cuenta el interés que D. Rufino puso, pensando en la cristianización de la sociedad, en la editorial **“Pax”** en San Sebastián, de la que fue el inspirador y el animador mientras vivió. Hacia esta editorial encaminó en parte al “Grupo de Escritores”¹⁴. Para D. Rufino, el sacerdote necesita ciencia y capacidad para comunicarla.

d. **Lo social en el Movimiento sacerdotal.** La preocupación de los sacerdotes por lo social viene de atrás; y el Movimiento se hizo presente en el momento preciso en el que resurgía la conciencia social de los sacerdotes, debido al agravamiento de la situación obrera entre nosotros. Recordemos que la situación social en la preguerra y en la posguerra fue grave. Presentamos sucintamente este campo de acción Del Movimiento señalando estos aspectos:

1. **La formación social de los sacerdotes.** Partimos de esta afirmación de D. José María: *“Más que obras y antes que obras, necesitamos pensar en asegurarnos un verdadero espíritu social”*¹⁵. Puestos en esta perspectiva, se puede ver el valor que tiene para los sacerdotes contar con la **Escuela social Sacerdotal** -este fue su nombre-. Fue erigida el 20 de Junio de 1948, duró 14 cursos y dejó de funcionar el año 1961. En los programas de la Escuela encontramos, en primer lugar, que los Ejercicios espirituales tienen cabida en la Escuela Social, a cargo de D. Ángel Suquía, y, en segundo lugar, que D. José María Arizmendiarieta tiene consignados *“Coloquios sociales”*.

2. **La escuela Profesional o de Aprendices.** Nos referimos a su origen. Si veíamos con admiración que en la década de los 40 contábamos con tres Casas de Ejercicios en la Diócesis de Vitoria, nos encontramos ahora que, en el mismo tiempo, la Diócesis contó con tres Escuelas

Profesionales: D. Pedro de Asúa, en los primeros años de la década de los 30, implantó la “Formación Profesional” en las “Escuelas Mendía” de Balmaseda (Vizcaya); D. Pedro Anitua inició en Vitoria, en 1941, la andadura de la Escuela de Aprendices; y D. José María Arizmendiarieta, en el año 1943, abrió en Mondragón la Escuela profesional.

3. *El testimonio de los sacerdotes.* El impacto que nos supuso el testimonio de los sacerdotes dedicados al mundo de los obreros, que nos llegaba en gran parte por medio de Surge, fue muy grande y renovador. Conviene tener abierta la lista de sacerdotes que han sido referencia en el campo social obrero: Anastasio de Olabarría, Pedro Jimeno, Germán Aldama, Pedro Ortiz de Zúñiga, Vicente García, José María Arizmendiarieta...
4. *¿El proclamado “Siempre sacerdote, sacerdote en todo, solo sacerdote” es compatible con el compromiso social del sacerdote? Se puede afirmar que el lema no solo no admite excepciones, sino que su gestación ya incluía la posición que corresponde al sacerdote ante la política, tema acuciante en esos años.*

Retomamos la pregunta del comienzo: ¿Qué alcance tiene el enunciado **José María Arizmendiarieta en el origen del Movimiento sacerdotal de Vitoria?** ¿Tuvo algo que ver con dicho Movimiento?

Llegamos al final de esta breve aportación, convencidos de que José María no solo coincidió con el origen del Movimiento sacerdotal, sino que influyó en el final de su gestación. José María no solo fue moldeado por el Movimiento sacerdotal, sino que se convirtió en prueba de garantía para el Movimiento; fue fruto primicia que avalaba el lanzamiento de la espiritualidad sacerdotal de Vitoria. Acogiendo en el origen, actuó en el mismo origen.

No es esto lo que pretendía con la aportación, pero es lo que me ha sido dado.

Notas

- 1 Editorial, Nuevo Movimiento, Surge 8 (1948) 2.
- 2 SATURNINO GAMARRA, Origen y contexto del Movimiento sacerdotal de Vitoria, Vitoria (1981); LUIS M^a TORRA CUIXART, Espiritualidad sacerdotal en España (1939-1952). Búsqueda de una espiritualidad del clero diocesano, Salamanca 2000, 97-114: FERNANDO URBINA; “Formas de vida de la Iglesia en España: 1930-1975” en AA. VV., Iglesia y sociedad en España: 1939-1975, Madrid 1977, 31.
- 3 JOAQUÍN GOICOECHEAUNDÍA, Antecedentes históricos del Movimiento sacerdotal de Vitoria, Vitoria 1983, 59-82.
- 4 Cf JOAQUÍN GOICOECHEAUNDÍA, O. C.; ANDRÉS IBÁÑEZ, Historia del Seminario Diocesano de Vitoria I-II, Vitoria 2005; FERNANDO MOLINA, José María Arizmendiarieta, Mondragón 2005, 39-229.
- 5 JESÚS GARAY ISASI, La cristología en la espiritualidad de Vitoria, Vitoria 1985
- 6 JOAQUÍN GOICOECHEAUNDÍA, Antecedentes... o. c., 70
- 7 FERNANDO MOLINA, o. c. 129-132
- 8 Editorial, Sacerdocio, Surge 1 (1941) 1 (Llamo la atención de que estamos en el número 1 de Surge y en la página 1 ¿Qué intervención tuvo José María Arizmendiarieta? Lo veremos más adelante)
- 9 FERNANDO URBINA, o. c. 7
- 10 FERNANDO MOLINA, o. c., 211 y 213.
- 11 SATURNINO GAMARRA, o. c., 121-182
- 12 SATURNINO GAMARRA, “Centenario de la Carta Apostólica ‘Maximum illud’. D. Ángel Sagarmínaga y D. José Zunzunegui en el Movimiento Misional de Vitoria”, Scriptorium Victoriense 66 (2019) 141.169.
- 13 ANDRÉS IBÁÑEZ, “José Zunzunegui Aramburu: datos para una biografía” en AA.VV, Miscelánea José Zunzunegui, I, Estudios históricos. Vitoria 1975, 8-29.
- 14 SATURNINO GAMARRA, Origen... o. c. 169.
- 15 JOSÉ MARÍA ARIZMENDIARRIETA, “A propósito del apostolado social”, Surge 9 (1949) 77.

RASGOS BIOGRÁFICOS DE ARIZMENDIARRIETA

Por *Juan Tejero*

José María Arizmendiarieta nació en Barinaga, Markina, un 22 de abril de 1915. Era el primer hijo del matrimonio formado por José Luis Arizmendiarieta y Tomasa Madariaga. Posteriormente tuvieron tres hijos más, dos varones y una chica.

Su infancia transcurrió en el caserío familiar de Iturbe rodeado de las faenas propias del campo y de una sencilla piedad cristiana que le transmitió principalmente su madre. Alrededor de los tres años sufrió un accidente que le ocasionó la pérdida del ojo izquierdo, algo que le marcará durante toda su vida. Comenzó su primera formación en la escuela parroquial de Barinaga y pronto se destacó por su afición a la lectura y a la pintura. De carácter reflexivo y con facilidad para los estudios despuntó entre sus compañeros y tanto su madre como su maestra le animaron a encaminarse al seminario, donde podría sacar partido a sus dotes intelectuales.

En 1927 comenzó sus estudios en el seminario menor de Castillo-Elejabeitia. Aunque le acompañaron varios amigos de caseríos cercanos el cambio de vida era notable. Permaneció allí cuatro años, intercalados con los momentos de vacaciones en su caserío, en los que a su propia maduración personal fue añadiendo la disciplina, el estudio y la piedad cotidiana propias del estilo de vida de un seminarista. En ese momento fue acompañado por su director espiritual, José María Intxaurbe. También destacó por una afición por el canto, a pesar de que no gozaba una facilidad natural para el mismo.

En 1931 fue admitido en el seminario diocesano de Vitoria. Es probablemente esta una de las etapas que más le marcan de toda su vida. En aquellos momentos se vivía en aquel seminario una fuerte experiencia de espiritualidad sacerdotal con diversos profesores y directores espirituales que promovían en los seminaristas una profunda identificación con la persona de Jesucristo. Fue su director espiritual Joaquín Goicoecheaundía, dejando este una profunda impronta en todos sus discípulos. Centrados en la persona de Jesucristo los seminaristas procuraban imitar sus virtudes, mediante una profunda piedad y una dedicación

10 DE SEPTIEMBRE DE 1941

Dn. José María escribiendo a máquina en la galería de su casa cural.

intensa al estudio. Los ejercicios espirituales, la práctica de la presencia de Dios y una sincera devoción a la Virgen las aprendió José María en el seminario y no dejaron de estar presentes en su vida hasta el final. Un ejemplo de ello fue la consagración a la Virgen que realizó junto con algunos compañeros en el año 1936, comprometiéndose a vivir según un reglamento para «ser sacerdotes santos y apóstoles fecundos de las ternuras y misericordias de Jesús y María».

También resultó clave la influencia de otro profesor, José Miguel de Barandiarán, que inculcó en el joven seminarista una profunda admiración hacia la naturaleza y las diferentes expresiones de la cultura como marco para entender la espiritualidad humana. También en este tiempo se despertó en Arizmendiarieta una gran inquietud por las cuestiones sociales, influenciado entre otros por su profesor de Sociología Juan Thalamas. Las lecturas de los documentos de la doctrina social de la Iglesia, así como de numerosos pensadores sobre el tema social dejaron una profunda huella que más tarde cristalizaría en sus diversas iniciativas mondragonesas.

La Guerra Civil española le sorprendió en el seminario y tuvo que interrumpir sus estudios. Fue llamado a filas pero por su tortedad no fue destinado al frente, como muchos de sus compañeros, sino que se dedicó a escribir en el periódico Eguna. Al finalizar la guerra, por una denuncia, tuvo que afrontar un consejo de guerra del que salió absuelto.

En el seminario de Bergara, funcionando en vez del de Vitoria, conoció a Rufino Aldabalde. Este sacerdote marcaría mucho más la impronta espiritual de Arizmendiarieta, así como su vocación social. La vida como una misa continua era el ideal sacerdotal de aquel director espiritual, un sacrificio por el resto de los hombres.

Tuvo que realizar el servicio militar en Burgos, aunque pudo continuar sus estudios sacerdotales. En aquella ciudad compartió un tiempo de prueba junto con otros seminaristas, que se animaban unos a otros a mantener el vigor espiritual a pesar de la lejanía del seminario.

Al terminar la guerra regresó al seminario de Vitoria, aunque no todos sus compañeros de Burgos lo hicieron. La propia guerra y la distancia del seminario había enfriado en no pocos la vocación sacerdotal, pero Arizmendiarieta pudo seguir bajo el impulso firme de Aldabalde. Acción y oración eran parte integrante del ministerio sacerdotal que Aldabalde les transmitía, con una gran exigencia

interior y austeridad exterior, como manifiesta en algunos escritos de sus ejercicios espirituales.

El 21 de diciembre de 1940 fue ordenado sacerdote y celebró su primera misa en la parroquia de san Pedro de Barinaga. Su primer destino fue la localidad de Mondragón, como coadjutor del párroco. Se encontró con una localidad dividida en dos por la guerra y fuertemente empobrecida. La carencia material iba unida a un decaimiento espiritual. El joven sacerdote se entregó de lleno a su nueva misión y pronto comenzó una labor ingente entre los más jóvenes con el propósito de realizar una profunda transformación del mundo del trabajo. Toda la fuerza para realizar su labor la sacaba de la celebración de la eucaristía, que vivía con una profunda piedad, como señalan muchos de sus feligreses. Vivió también con una gran humildad su poca capacidad natural para los sermones, algo que también relatan los testimonios.

Nada más llegar a Mondragón es nombrado Consiliario del Centro de Acción Católica y profesor de la Escuela de Aprendices de la Unión Cerrajera, la empresa más importante de la localidad. Se dedica incansablemente a la labor de formación de los jóvenes en estos ámbitos. Poco a poco se va ganando la confianza de muchos de ellos, y consigue que algunos de ellos estudien a distancia en la Escuela de Peritos Industriales de Zaragoza. Siempre está preocupado por mejorar la formación de los jóvenes, así como de otros aspectos de su vida, como el ocio, el deporte, etc., para lo que inspira diversas actividades y organizaciones (Escuela profesional, un dispensario, el Cine-frontón Gurea, el Estadio de Iturripe, las Ligas Profesionales...).

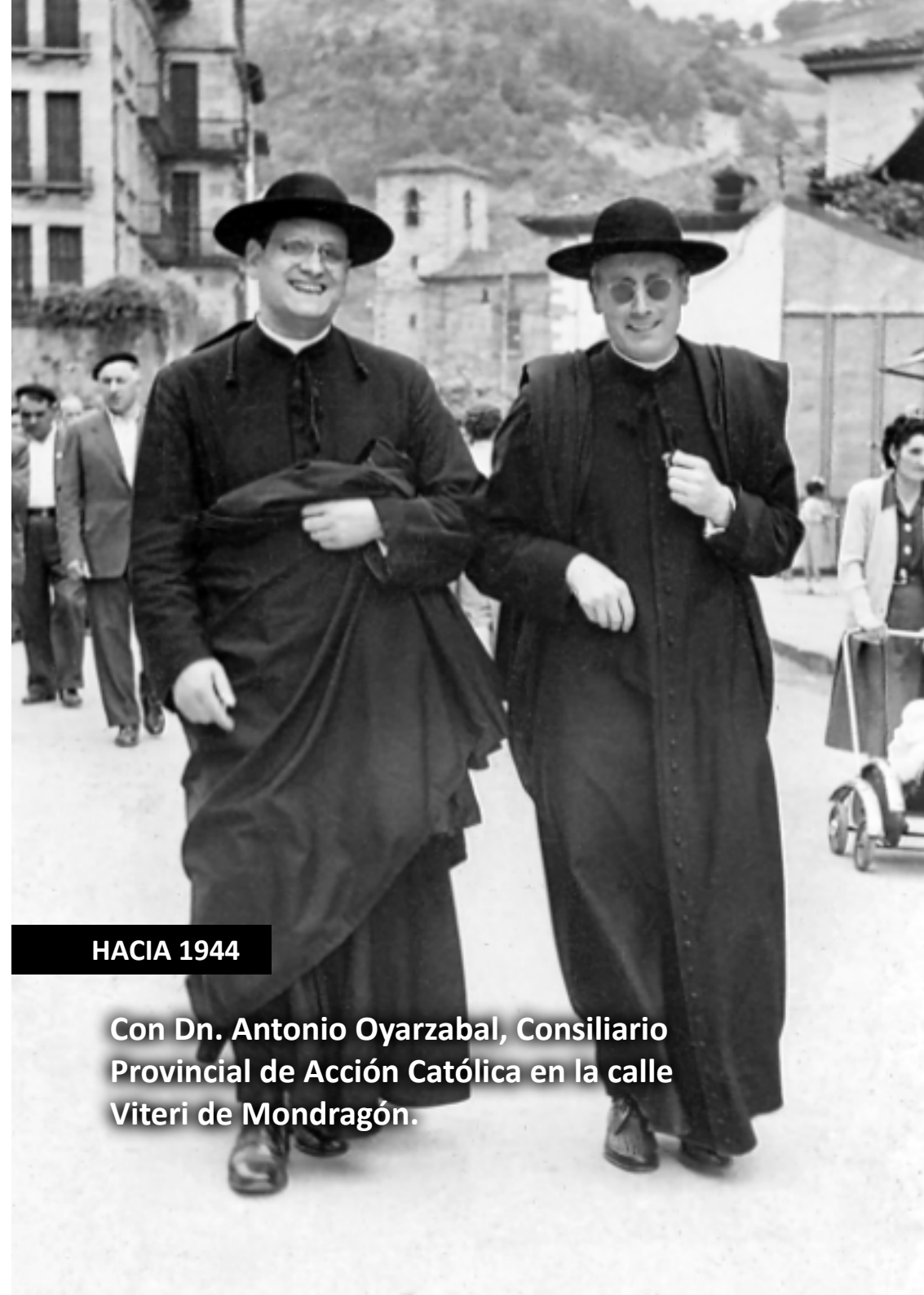
En 1955 cinco de sus discípulos forman Ulgor, una empresa que se dedica a la producción de hornillos de cocina. Este será el germen de numerosas cooperativas que surgirán en el futuro, la mayor parte de ellas industriales. Pero también se preocupará por otros aspectos de la vida familiar de los trabajadores-socios de dichas cooperativas, y surgirán así la Cooperativa de Consumo San José (futura Eroski), la Caja Laboral, para fomentar el ahorro de las familias y poder proveer financiación a las empresas, así como ocuparse de los seguros de previsión social.

Toda esta actividad, apenas esbozada en estas líneas, servía para llevar a cabo una peculiar concepción de la vida social que José María Arizmendiarieta había tomado de sus lecturas, tanto de la doctrina social de la Iglesia como de otros pensadores que llenan su biblioteca. En este sentido comprende que en el centro de la vida social está la persona y su dignidad, por encima de cualquier

ideología. Toda la problemática social, económica y política se debe remitir en última instancia a la persona. En este sentido también dirá que lo importante no son las cooperativas sino los cooperativistas, y estos antes como personas.

En su concepción de la persona el trabajo tiene un papel fundamental, como colaboración del hombre con Dios. No lo entiende como un castigo sino como una forma de desarrollo de la persona y de contribuir sirviendo al bien de la sociedad. Por ello siempre buscará cómo se puede hacer el trabajo más humano. Para conseguir ese objetivo piensa que la cooperación y la solidaridad son fundamentales, sustentará sobre ellas la construcción de todo el entramado social que se construye en Mondragón. Todas estas ideas las transmite a sus discípulos con una gran fuerza y siempre con la convicción de que hay que ponerlas por obra de la forma más realista posible. Si no se llevan a la práctica, está convencido, las buenas ideas no sirven para nada.

Poco a poco fueron creciendo las cooperativas y las obligaciones de José María fueron en aumento. Viajes a Madrid, conferencias, escritos... se multiplicaban, y eso sin olvidar sus deberes parroquiales, ni su oración, aunque fuese a horas extremas para poder dedicar el día a otras ocupaciones. Ello fue poco a poco minando sus fuerzas y en febrero de 1967 sufre una grave crisis cardiaca estando en Madrid. A partir de ese momento tuvo que convivir con la enfermedad y el dolor, asumidos con gran entereza dentro del plan divino para su vida, y auxiliado por el consuelo de la gracia divina. No le faltaron tampoco contradicciones y dificultades con otras personas, tanto en el ámbito civil como en el eclesiástico. El fallecimiento de su madre en 1971, también el de algunos colaboradores muy queridos, conflictos laborales en algunas de las cooperativas... todo fue contribuyendo a disminuir sus fuerzas. Así en 1973 en una revisión le indicaron que su dolencia cardiaca no tenía remedio y a pesar de algunas operaciones en intentos de recuperación, falleció en Mondragón el 29 de noviembre de 1976, musitando poco antes junto con los que le rodean en la cama el *Magnificat*, manifestando así una de las características de su piedad.



HACIA 1944

Con Dn. Antonio Oyarzabal, Consiliario Provincial de Acción Católica en la calle Viteri de Mondragón.

LAS VIRTUDES EN ARIZMENDIARRIETA SEGÚN LA POSITIO

Por **José Ignacio Gárate**

Extractadas de la Positio enviada al Vaticano para su proceso de canonización.

Elaborada por: RELATORE: R. P. Alfredo Simón, O.S.B.

POSTULATORE: P. Ildefonso Moriones, O.C.D.

COLLABORATORE: P. Romualdo Rodrigo, O.A.R.

Trataremos en los siguientes capítulos de las **virtudes** el Siervo de Dios y de la **fama de santidad**.

Recogidas en la Positio que se tramitó en Roma en el expediente de canonización.

En primer lugar, hablaremos de sus ansias de perfección y de sus incontenibles deseos de alcanzar la santidad, condición indispensable para llegar a esa meta.

Trataremos después de cada una de las virtudes, que conducen a la santidad.

1. Ansias de Santidad

Antes de presentar una visión global de las virtudes, vamos a hablar de las ansias de santidad del Siervo de Dios, pues sin ardientes anhelos de alcanzar la santidad, difícilmente se llega poseer en grado heroico las virtudes.

La santidad, como cualquier proyecto difícil del hombre, presupone ante todo el convencimiento de su necesidad y un propósito firme, una voluntad decidida de alcanzar la perfección, que consiste en la aceptación plena de la voluntad de Dios. Sin un deseo vivo e insaciable de alcanzar la perfecta unión con Dios y de escalar la cima de la perfección no se llegará nunca a esa meta.

Los santos quieren ser a toda costa santos; ponen de su parte todo su empeño, y conscientes de que nada pueden sin la ayuda del Señor, piden su auxilio para escalar la montaña. Escribe a este propósito Abate Dubois en su tratado sobre el sacerdote santo:

“Cuando el hombre se propone un fin cualquiera, especialmente si es de gran importancia, necesario es que ante todo se convenza de la necesidad de conseguirlo. Conforme con este principio, que nadie pone en duda, antes de entrar en pormenores prácticos acerca de los medios que el sacerdote debe emplear para adquirir y perfeccionar la santidad que Dios le exige, vamos a demostrarle su indispensable necesidad”

El Siervo de Dios estaba plenamente convencido de la necesidad para el sacerdote de alcanzar la santidad. Para él sacerdocio y santidad constituyen un binomio indisoluble; la santidad forma parte esencial de la naturaleza del sacerdocio. Un sacerdote que no sea santo está fuera de su centro, es un engranaje desarticulado, un ser inútil y dañino a la sociedad.

Hablando del sacerdocio al que se estaba preparando durante los ejercicios espirituales del subdiaconado, decía:

“La vida del sacerdote que no es santo no tiene sentido en el mundo. Es un bicho raro que está fuera de su centro, de su lugar en la sociedad. Es un engranaje desarticulado, suelto, inútil a lo sumo si no es perjudicial y no se concibe que la sociedad lo tolere” (Ejercicios de 1939).

En notas íntimas, escritas a modo de diario espiritual, se deshace en expresiones místicas, en ansias de santidad, de ser todo y sólo de Cristo.

Transcribimos algunos de esos deseos que a veces se convierten en fervientes súplicas:

- *“Tuyo soy y tuyo quiero ser. ¡Señor! Renuncio desde este momento por completo al mundo, a los placeres; que yo me haga desde este momento completamente sordo a las sirenas halagadoras del mundo que resuenan en mis oídos.*
- *Todo de Cristo, absolutamente todo. Una vez consagrado a Cristo, no hay derecho a restar nada a Cristo. Todo o nada.*

– *Vivir en Cristo ha de ser mi ideal. Para ello actuar en mí su presencia, fomentar en mí el espíritu de intimidad”.*

Reflexiona sobre el sacerdocio. No le atrae el sacerdocio en lo que tiene de dignidad, de grandeza. El sacerdote, en aquel tiempo, era considerado por la sociedad una persona influyente, importante, una persona culta y con gran poder social. Al Siervo de Dios no le interesan esos aspectos: el poder, la fama. No quiere ser sacerdote por esas ventajas. No le interesa tampoco el halo de sobrenaturalidad de que está envuelto ante el pueblo el sacerdote. Le atrae sólo el sacerdocio como servicio al prójimo. Humanamente esa misión no es atractiva, el Siervo de Dios no ve en ello:

“ningún atractivo natural, Sin embargo, estoy decidido a serlo porque eso me parece ser mi camino, porque esa dice ser mi vocación. Estoy dispuesto a cumplir la voluntad de Dios ante todo y sobre todo”.

En una palabra, le interesa sólo el sacerdote que se entrega como Cristo a los demás, que se ofrece como víctima para la salvación de todos, el sacerdote fiel a su vocación, el sacerdote santo. Por eso hace el propósito de injertarse en Cristo y ser un sacerdote santo:

“No seré más que de Dios. El único que tiene derecho en mi cuerpo es Cristo. A Él me entrego enteramente y no me queda nada para las criaturas que puedan solo citarme”

Estas insaciables ansias de santidad, de consagrarse a Dios lo expresó en los meses próximos a la ordenación sacerdotal con estos versos que saben a San Juan de la Cruz:

“¡Fuentecilla! Ahora sé por qué no podía saciarme; y también por qué, cuanto más bebo, más aumenta mi sed Voy hasta Dios: porque sus aguas son las que aniquilarán mi ardiente sed”.

No se trata de sentimientos pseudomísticos, de fervores de neoclérigo, que se disipan después con el ajeteo de la vida. En el Siervo de Dios no fue así. En sus reflexiones y propósitos en una época en que estaba enfrascado en responsabilidades de todo tipo, incluso aparentemente mundanas, como la organización

de partidos de fútbol, vuelve con frecuencia sobre su ideal sacerdotal. En los ejercicios de 1942 habla con entusiasmo de su sacerdocio:

“Mi mayor gracia, afirma, ha sido ser sacerdote. Lo he visto claramente esta tarde”

En 1950 estaba metido hasta el cuello en asuntos de las futuras cooperativas, pero no olvida su ideal de sacerdote y de alcanzar la perfección. Por eso se propone *“no dejar de hacer la meditación ningún día. Igualmente, el examen de conciencia”*. No sólo, sino que se propone dedicar más tiempo a las cosas de Dios y aumentar los actos de piedad:

“Pasaré más tiempo en la iglesia dedicado a mis cosas. Llevaré bien el examen particular. Cultivaré más la devoción a la Santísima Virgen”.

Dos años más tarde sigue vivo su anhelo de perfección, y se vuelve, si cabe más místico, más espiritual. Se propone vivir su sacerdocio de un modo integral, radical. No contentarse con la mediocridad, con hacer lo que otros hacen, sino estar en perfecta comunión con el Señor:

“Soy hombre de Dios, sacerdote. No basta no escandalizar o hacer lo que hacen otros. Debo edificar, crear ambiente de Dios [...] Debo vivir íntimamente y hasta el último detalle con arreglo a lo que represento, no conformarme con hacer un papel. Necesito llenarme de mi sacerdocio y vivir mi sacerdocio. [...] El día de hoy debe marcar el camino de una nueva etapa”.

En 1953, metido de lleno en la construcción de las primeras viviendas, tiene que afrontar problemas y resolver conflictos incluso con un sacerdote que se niega a vender su piso necesario para la construcción de un grupo de viviendas. Don José María se refugia en los ejercicios espirituales para fortalecer su espíritu y crear en torno a sí *“más ambiente espiritual” “en los que trata”*. Por eso, se propone *“tratar más con Jesucristo”*. Y *“darse más a la oración mental”*.

Los propósitos que formula para *“ordenar definitivamente”* su vida constituyen un verdadero programa de un asceta, de un sacerdote santo. Vale la pena transcribir alguno de esos propósitos que como demostraremos después al tratar de las virtudes, cumplió con fidelidad durante toda su vida.

– *Necesito hacerme más hombre de Dios. Es a Dios a quien tengo que dar a los hombres por encima de todo. Y para poder dar a Dios debo saturarme de Jesucristo.*

- *Terminaré por ordenar definitivamente mi plan de vida y de trabajo. Ocuparme más de lo esencial y menos de lo accesorio. Haré un hueco para tener al menos una hora de oración mental y lectura espiritual diariamente.*
- *No saldré normalmente de la iglesia sin haber rezado el oficio hasta vísperas inclusive.*
- *La Santísima Virgen debe seguir ocupando en mi mente y corazón el lugar que le corresponde.*
- *Llevaré examen particular sobre algunas manifestaciones de mi soberbia, que es mi pasión dominante.*
- *Reanudaré con más orden la dirección espiritual.*

En los años en que estaba embebido en la ardua tarea de las cooperativas, que suscitaban el entusiasmo de la masa obrera y atraía la atención de los ministros del Trabajo y de Educación de España, él, la persona de don José María adquirió fama mundial. Algunos llegaron a pensar que el coadjutor de Mondragón, más que a su misión sacerdotal estaba apegado a la empresa de las cooperativas. Y más de una vez osaron preguntarle qué elegiría si le dieran a escoger entre el trabajo de las cooperativas o el de su ministerio estrictamente pastoral. Y su respuesta fue siempre la misma:

“Elegiría su misión de sacerdote”.

En los ejercicios espirituales de 1952, escribía:

“Cien veces que tuviera que volver a escoger mi estado de vida abrazaría el sacerdocio”

2. Virtudes Teologales

Hablando santo Tomás de la necesidad de las virtudes teologales y de la estrecha conexión que existe entre la fe, la esperanza y la caridad, escribe estas palabras:

“El movimiento del apetito no puede tender a una cosa, sea esperándola, sea amándola, si no es aprehendida por el sentido o por el entendimiento. Ahora bien, el entendimiento aprehende por la fe lo que espera y ama. De ahí que en el orden de generación, la fe debe preceder a la esperanza y a la

caridad [...]. Mas, en el orden de perfección, la caridad precede a la fe y esperanza porque ambas, fe y esperanza, son vivificadas por la caridad y reciben de ella su perfección de virtud”.

Examinaremos ahora cada una de las virtudes teologales.

2.1 Virtud de la Fe

También como la respuesta del hombre al Dios-bondad que se nos revela. Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda y nos concede gusto en aceptar y creer la verdad. En la fe la inteligencia y la voluntad humana cooperan con la gracia divina. Por ello la fe, siendo sobrenatural es a la vez libre y cierta como acto humano y con ella tratamos de comprender mejor lo que Dios nos ha revelado para la salvación. Por la fe *“el hombre se entrega entera y libremente a Dios”*. Por eso el creyente se esfuerza por conocer y hacer la voluntad de Dios. La fe viva *“actúa por la caridad”*.

La gracia de Dios ilumina los ojos del corazón para que el hombre pueda comprender la esperanza de la vocación a que ha sido llamado y la riqueza de gloria que da en herencia a los santos.

Por la fe sobrenatural el hombre se pone en las manos de Dios, se fía de Él, que es fiel a sus promesas y recibe en su palabra revelada la luz que le ayuda a comprender su vocación y su misión en el mundo y aprende a dar sentido a los acontecimientos de su vida, a pesar de las oscuridades que caracterizan el camino de la fe, que es *“anticipo de lo que se espera, prueba de realidades que no se ven”*.

El Siervo de Dios veía todo bajo el prisma de la fe. Se había propuesto crear un ambiente sobrenatural en torno a sí, edificar, *“crear ambiente de Dios”*, llevar a Cristo a todos los sectores de la esfera laboral.

Tenía muy claro que: *“nuestra vida no tiene sentido fuera de lo sobrenatural”* y que *“la solución a nuestras inquietudes, ansias, problemas la hemos de hallar a través de la fe”*.

Por eso el Siervo de Dios pedía al Señor *“Con toda la sinceridad de mi alma [...] que aumentes en mí el espíritu de fe”*.

Y como afirman los que lo trataron íntimamente, Dios le infundió ese espíritu de fe. En efecto, los testigos, hablando de la fe del Siervo de Dios, afirman que su labor pastoral y social se explica solamente porque estaba iluminado y fortalecido por una fe viva y operante. La fe, como explican los santos padres, es el *“Fundamentum omnium virtutum”*, pero puede decirse también que el ejercicio heroico de las virtudes supone una fe igualmente heroica y viva.

Conclusión

Bien podemos concluir diciendo que toda la vida y todas las actuaciones del Siervo de Dios fueron iluminados por el espíritu de fe y que su vida fue un testimonio vivo de las verdades que profesaba. Los sermones y conferencias y sus obras sociales fueron su contribución desinteresada para cristianizar el mundo del trabajo y hacer que en las empresas y en las fábricas reinase Cristo.

2.2 La virtud de la esperanza

Podemos decir, que existe una correlación entre la fe y la esperanza que, resuelve en la siguiente ecuación: cuanto mayor y más viva sea la fe, mayor será la esperanza, que se convierte en certeza. Y dado que la fe en el Siervo de Dios era profunda y grande, grande era también su esperanza. La virtud de la fe da la medida de la virtud de la esperanza. Ambas, fe y esperanza, son correlativas entre sí. Como escribe Benedicto XVI en la encíclica *“Spe alvi”*, la *“esperanza es una palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras fe y esperanza parecen intercambiables. Cuanto más viva sea la fe, más sentida será la esperanza.*

Quien cree en un Dios sumamente bueno, sabe y cree que es providente en esta vida e infinitamente misericordioso en la otra y pone en Él su confianza en las obras emprendidas para ayudar a los demás y extender su reino y confía que, no obstante sus pecados, alcanzará la vida eterna.

El Siervo de Dios se movió en esta dinámica. En las obras que emprendió para ayudar al prójimo, ponía su confianza en Dios, y creía que, no obstante sus defectos, Él lo ayudaría y lo premiaría en la otra vida.

El mismo Siervo de Dios escribe que sabe por experiencia que Dios es providente y le ayuda siempre:

“La fe me lo dice y la experiencia me confirma que Dios es providente. Me entrego en cuerpo y alma en manos de la Providencia de Dios que nunca me ha abandonado”.

Conclusión

De la confianza que ponía en Dios le venía la serenidad ante las dificultades, el optimismo y la alegría, porque sabía que detrás de todo estaba el Señor.

2.3 La virtud de la Caridad

La caridad es la principal virtud porque el amor es lo que nos une a Dios en que consiste la santidad. A más amor a Cristo, unión más intensa con Él hasta sentirse una sola cosa, como decía San Pablo:

“Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí”.

La caridad en sus dos vertientes de amor a Dios y amor al prójimo convergen en un mismo amor, pues quien ama al prójimo está amando a Dios y nadie puede amar a Dios si no ama al prójimo, como dice san Juan: *“Quien dice amar a Dios y aborrece a su hermano es un mentiroso”.*

Vamos a examinar cada uno de esos aspectos de la caridad, empezando por el amor a Dios.

Hemos transcrito más arriba algunas de las manifestaciones de don José María sobre su amor a Dios, sobre los propósitos de cumplir su voluntad, de permanecer siempre unido a Cristo. *“Vivir en Cristo –decía– ha de ser mi ideal”.* *“Enardeceré mi corazón en el amor a la persona de Cristo”.*

Y cumplió a lo largo de su vida esos propósitos de su edad juvenil, cultivando el amor a Dios por medio de la oración mental, la lectura espiritual, el sacrificio de la misa, el ejercicio de la presencia de Dios, los actos de piedad, la devoción a los santos, en especial a la Santísima Virgen.

2.3.1 Amor a Dios

Examinemos algunas de las facetas o características del amor de don José María a Dios.

a. Amor oblativo y victimal

“No hay amor más grande –decía Jesucristo– que el dar la vida por los amigos. Grande es también el amor del que se ofrece a otro como esclavo. Y más grande todavía el amor de quien se ofrece como víctima a Dios”.

El Siervo de Dios, como escribe en sus apuntes espirituales, el 25 de marzo de 1936 se consagró como esclavo a Cristo por medio de María. Pide a la Virgen que le ayude a cumplir sus promesas y a progresar en el camino de la santidad.

No contento con consagrarse a Cristo por medio de María, se ofrece al Señor como víctima por los pecados de los hombres:

“¡Señor! Me ofrezco como víctima para redimir mi pecado con el porvenir. Me entrego totalmente a vuestra voluntad. No quiero reservarme nada. Y lo que yo os deje de entregar arrancadme vos. Mi criterio, mi juicio, mis sentimientos, mis deseos”.

Para ser fiel a esa consagración y a su ofrecimiento como víctima, se entrega a la oración siempre con renovado empeño, a los actos de piedad, a la adoración de Cristo en la Eucaristía y se sitúa frecuentemente ante la presencia de Dios.

b. Vivía en la presencia de Dios

En los ejercicios espirituales promete practicar cada día más “actos de presencia de Dios” y hacer cada día examen particular sobre esa práctica.

Don José María hacía lo que fuera para poder celebrar la misa donde estuviese. No olvidaba sus rezos, el breviario y otras prácticas de piedad.

c. Amor a la Eucaristía

Don José María demostró siempre un amor vivo y ardiente hacia la Eucaristía.

Por eso, cuando llegó a Mondragón como coadjutor, aceptó en seguida ocuparse de la misa de la Adoración Nocturna, que se celebraba a las cinco de la mañana, y mantuvo ese servicio hasta su muerte.

d. Amante de la oración mental

La oración mental consiste en entablar un coloquio con Dios, en comunicarse con Él y, sobre todo, escuchar lo que su Espíritu inspira a nuestra alma.

Don José María, porque amaba al Señor y quería cultivar ese amor, se propuso dedicar todos los días un buen espacio de tiempo a la oración mental, a hablar con el Señor.

En sus apuntes espirituales, escribe:

“Oración, oración, oración. Seré en primer lugar hombre de oración”.

En los mismos apuntes espirituales hace el propósito dedicar al menos una hora a la oración mental:

“Haré un hueco para tener al menos una hora de oración mental y lectura espiritual diariamente. Me va a ser factible si lo realizo de dos y media a tres y media de la tarde después del reposo”.

e. Piedad. Amor a la Virgen y a los santos

Casi todos los testigos hablan del fervor y piedad que demostraba el Siervo de Dios. Su actitud devota en el templo infundía devoción a los fieles. El Siervo de Dios *“empezaba la jornada en la parroquia con sus devociones personales y actividades pastorales: oración, misa, breviario, confesonario”.*

f. Amante del rosario

Aprendió desde niño a recitar el rosario en familia. Su hermana María, tres años menor, recuerda que rezaban el rosario en casa y que José María lo hacía con devoción:

“De niño recuerdo que rezaba el rosario con devoción y piedad. Mostraba seriedad en el rezo diario, aunque nosotros los hermanos muchas veces no le hacíamos tanto caso y nos distraíamos con mucha frecuencia”.

La práctica de rezar diariamente el rosario la conservó toda su vida.

Conclusión

Por lo que, hasta aquí dicho, podemos concluir que el Siervo de Dios, al menos desde el momento del subdiaconado en el que, como dicen los maestros de la vida espiritual, experimentó la segunda conversión, manifestó un encendido amor a Cristo, al que se consagró por medio de María, amor que procuró mantener vivo durante toda su vida por medio de la oración, la Eucaristía y los actos de piedad, sobre todo por medio de la Virgen a la que profesó siempre una tierna devoción.

2.3.2 Amor al prójimo

Sería necesario escribir un grueso volumen para exponer el amor del Siervo de Dios hacia el prójimo y sus innumerables obras realizadas para ayudar a los demás, sobre todo a los obreros. No hay que extrañar que los testigos, al hablar de sus principales virtudes, digan casi sin excepción que su virtud más destacada fue el amor al prójimo. Un amor desinteresado, una entrega total de sí mismo. Su principal colaborador, José María Ormaetxea, interrogado sobre el tema, responde que lo más destacable en él fue: *“su disposición natural a ser, desde su infancia, un hombre entregado a los demás”*.

Sólo que no se trataba simplemente de una inclinación natural, sino de una opción meditada y sufrida que le costó, porque bajo el aspecto natural no era apetecible sacrificarse por los demás. Pero él quería ser sacerdote como Cristo, que se sacrificó por los hombres.

Veamos ahora en concreto cuál fue la actuación bajo el aspecto social y caritativo y cómo era el campo en el que tuvo que desarrollar su acción.

a. El campo de acción del Siervo de Dios

Al llegar a su parroquia en 1941, encontró: *“una feligresía muy practicante pero empobrecida en su nivel de bienestar que se traducía en un sistema de racionamiento de cosas tan elementales como el pan, las patatas, las legumbres, la leche... La educación llegaba al nivel de enseñanza primaria y sólo el uno por mil de la población acudía a la enseñanza universitaria. La enseñanza profesional sólo alcanzaba al 50% de la población. La vivienda era inaccesible para gran parte del pueblo. De todos estos vectores que se unían para crear una atmósfera de escasez e incuria, surgían enfermedades como la tuberculosis contagiosa, incurable a veces (no se había descubierto*

la penicilina), y el conjunto de la vida social sufría el latigazo de la posguerra con alardes por parte de los vencedores y con la marginación de los vencidos”.

Como se ve, un campo inmenso donde ejercitar una caridad sin límites y una pastoral social que, siguiendo la doctrina de la Iglesia, devolviera al trabajador la dignidad e implantara la justicia social en las empresas, haciendo partícipes de los beneficios y de la dirección a los obreros. El nuevo coadjutor llegaba decidido a donarse completamente a los demás y a llevar a Cristo al mundo del trabajo.

b. La caridad en acción

Ayuda social para todos: jóvenes, obreros, campesinos, mujeres.

El Siervo de Dios, valiéndose de su cargo de Consiliario de la Acción Católica, comenzó formando a la juventud para hacer de los jóvenes verdaderos cristianos inculcando en ellos el espíritu de solidaridad, de ayuda a los demás, de amor al estudio y al trabajo. De ellos se servirá para crear asociaciones deportivas, centros de asistencia, cooperativas y otras obras sociales que cambiarán por completo la vida de la población. La odisea del coadjutor de Mondragón se dio a conocer como un fenómeno insólito y encomiable en toda la España y saltó sus fronteras dándose a conocer en varias naciones de Europa y llegando hasta los Estados Unidos y Japón.

El coadjutor de Mondragón era el prototipo del cura humilde y pastor celoso, y a la vez un volcán en continua erupción que, impulsado por el fuego del amor al prójimo, lanzaba todo tipo de proyectos dirigidos a ayudar a los demás; una máquina de fabricar ideas cada vez más atrevidas y osadas para que nadie quedara sin su ayuda. Y no se trataba de fantasías efímeras y vacuas. Con un tesón incontenible y una fuerza de persuasión irresistible, llevaba sus ideas a la práctica. Comenzó con los jóvenes, infundiéndoles el optimismo, la ilusión, la solidaridad.

Además de los Círculos de Estudio de la Acción Católica, donde los fue formando, suscitó su ilusión a través de la sociedad Juventud Deportiva.

Fundó para ellos la Escuela Profesional, instrumento esencial para poder defenderse en el campo laboral y escalar puestos de responsabilidad en cualquier empresa.

c. Trabajo digno para los obreros

Fue con la clase trabajadora donde Don José María desarrolló su principal labor apostólica y social. Apenas llegó a la parroquia, se dio cuenta de los sufrimientos de las familias, de sus necesidades, de las injusticias sociales, de la postergación de la clase trabajadora, sin recursos suficientes para la familia, sin un trabajo digno, sin esperanza de salir de su condición servil. Para ellos, para los obreros, ideó las empresas cooperativas.

Aquí nos interesa resaltar primero que toda su labor social la hizo impulsado por el amor al prójimo, sobre todo a los obreros; que su acción caritativa y social llegó a miles y miles de obreros, prácticamente a toda la población y a miles de familias que al reclamo de su labor social llegaron a Mondragón en los años 1960-1980. Baste constatar un hecho: En 1956 eran sólo cinco los socios de la primera cooperativa: en 1980, cuatro años después de su muerte (29 de noviembre de 1976) los socios de las diversas cooperativas ascendían a más de ochenta mil.

d. Ayuda del Siervo de Dios a los grupos más necesitados

Aparte de las cooperativas para los obreros, don José María, después de promover la cultura de los jóvenes se preocupó de los grupos con más necesidades: los campesinos, los jóvenes, las mujeres, los enfermos. De todos esos grupos, a los que ayudó don José María, hablamos brevemente.

Cooperativa para los campesinos

Hijo de campesinos, conocía muy bien los problemas que tenían que afrontar los que vivían de la tierra. El sector agrario vasco con sus montes, sus pastos, sus bosques, su ganado, su leche, su agricultura, quedaba aislado desde siglos, y lejano de los consumidores. Los intermediarios explotaban al campesino cuadruplicando el valor de los productos al llegar al consumidor.

Desde el año 1959 don José María fue formando a algunos campesinos y convenciéndolos de la necesidad de organizarse para dar salida digna a sus productos. El 15 de mayo de 1960, los primeros socios de la recién fundada cooperativa LANA, firmaron los estatutos preparados por don José María. El mismo día informaba al Gobernador Civil del nacimiento de la nueva cooperativa y, añadía, que había ofrecido a los primeros socios

un lugar en el supermercado San José, para que puedan exponer sus productos.

Trabajo para los jóvenes

Hemos hablado más arriba de la solicitud del Siervo de Dios con los jóvenes. No se contentó de fundar para ellos asociaciones deportivas y Escuelas Profesionales. Sabía que muchos no podían sufragar los estudios. Para que todos gozaran de las mismas oportunidades de adquirir la suficiente preparación profesional, creó en 1966 para los más necesitados, la cooperativa "Alecop" (Actividad Laboral Escolar Cooperativa). Los jóvenes trabajaban unas horas en dicha cooperativa y se pagaban así los estudios.

Cooperativa para las mujeres

Don José María se preocupó siempre de la promoción de la mujer. No era justo que la mujer estuviera condenada a ser recluida en el hogar, sin posibilidad de acceder a la cultura, a su promoción. Para ellas fundó en noviembre del mismo año 1966 la cooperativa femenina "Auzo Lagun". Con ello trató de abrir los horizontes de las amas de casa, para que pudieran conciliar el trabajo y los cuidados del hogar. Trabajaban en la cooperativa cuatro horas diarias, y se dedicaban a la vez a sus labores del hogar.

Centro asistencial para los enfermos

Para los enfermos fundó el Centro Asistencial, con médicos y enfermeras. Su principal labor caritativo-social fue en favor de los obreros enfermos. En el pasaría el Siervo de Dios sus últimos días.

e. Las ayudas a los necesitados

No cabe duda alguna de que don José María trató de ayudar a los grupos más necesitados porque veía en todas las personas a Cristo. Dotado de una gran sensibilidad, se identificaba con los más necesitados. Como veremos en seguida, amaba a todos sin distinción: a los obreros, a los jóvenes, a los enfermos, a los pecadores y como Cristo, sacrificaba su tiempo y su vida por todos.

f. El amor a los obreros

Una de las mayores preocupaciones del Siervo de Dios al llegar a Mondragón fue la de ayudar a los obreros. Veía las grandes desigualdades entre obreros

y patrones, la falta de trabajo y de cultura y se propuso remediar esas necesidades. En 1940, poco antes de que llegase a Mondragón en calidad de coadjutor y de Consiliario de Acción Católica, había en Mondragón 1.500 obreros sobre una población de 8.645 habitantes. Tenía que encontrar algún medio para ofrecer la dignidad a los trabajadores. Y pensó en empresas en las que los obreros participasen de los beneficios y tomasen parte de algún modo en la dirección. Soñó en cooperativas, y algunos años después su sueño se hizo realidad.

Es difícil calcular a cuántas personas ayudó por medio de las cooperativas. En 1954 cinco jóvenes peritos fundan la primera sociedad, ASTEC y poco después ULGOR, que en 1956 se convertirá en la primera cooperativa industrial. Poco a poco se adscriben a la cooperativa decenas de socios. En poco tiempo son ya miles los socios de la cooperativa. En 1980 trabajaban en las cooperativas 18.733 empleados. El año 2000 la cifra de empleados subió a 53.377; en 2005 los empleados ascendían a 78.500; y en 2009 suman 85.000.

Todo esto demuestra: primero, que el espíritu del Siervo de Dios, su fundador, sigue influyendo en las cooperativas; segundo, que la aplicación de la doctrina social de la Iglesia no sólo satisface la justicia con los obreros, sino que vuelve competitivas a las empresas.

Fue sin duda el amor a los obreros la virtud más destacada del Siervo de Dios, y su mayor timbre de gloria que lo hizo grande ante Dios y admirado por los hombres.

g. Amor a los enfermos

Otras de las personas predilectas del Siervo de Dios eran los enfermos. Creó en Mondragón un Centro Asistencial para los obreros enfermos y para dirigirlo llevó a las Mercedarias de la Caridad. Como afirma sor Juana Corta, religiosa de dicha Congregación, *“Las animaba a tratar bien a los enfermos”*.

Su hermana María Arizmendiarieta afirma que *“Al final de su vida, a pesar de estar muy enfermo, seguía asistiendo a los feligreses [enfermos], llevándoles la comunión, olvidándose de sus males propios”*.

h. Amor a los pecadores

De su amor a los pecadores y odio al pecado da testimonio su constante asistencia al confesonario, sin faltar un solo día durante los más de treinta

años como coadjutor en la parroquia, y la insistencia a los penitentes para que evitasen la reincidencia en los mismos pecados.

i. Amor universal y desinteresado

La dedicación y el amor del Siervo de Dios no se limitaba a los obreros, a los pobres y a los enfermos. Estaba abierto a cualquiera que solicitase su ayuda, y trataba de solucionar cualquier problema tanto de tipo espiritual como material.

Su amor a los demás era ante todo desinteresado, puro, sin mezcla de autobombo, egoísmo de autocomplacencia o autoexaltación. No buscó nunca los beneficios materiales, ni aplausos, ni fama, ni honores o reconocimientos oficiales.

Él mismo decía que para acercarse a los demás había que despojarse de todo:

“No se puede acercarse al campo social sin un gran desprendimiento de bienes materiales, pero tampoco se puede hacer nada eficaz hoy por hoy sin un casi absoluto desprendimiento espiritual”.

Quienes conocían su obra, sus esfuerzos, sus triunfos y veían a la vez su humildad, su desprendimiento, su pobreza, se preguntaban ¿de dónde saca el vigor para realizar tantas obras a favor de los demás? ¿Cuál es el motor que le impulsa? Los que lo trataban con intimidad y penetraban en su interior lograron desvelar el misterio. Al Siervo de Dios le impulsaba el amor a Cristo, del que estaba enamorado hasta la locura, como él decía, y a quien se había consagrado por medio de María. Quería entregarle todo a Cristo, sin reservarse nada, y como veía a Cristo en los hombres, sobre todo en los más necesitados y en los enfermos, a ellos les entregaba todo.

Conclusión

Era difícil plasmar en pocas páginas las numerosas obras de caridad del Siervo de Dios y mencionar a los miles de personas a las que favoreció, ya proporcionando un trabajo digno a miles de obreros en las cooperativas, promoviendo mujeres a través de asociaciones que organizaban labores femeninas, y sobre todo promocionando a los jóvenes en la Escuela Profesional, que los preparaba para trabajar en las cooperativas y asumir cargos de responsabilidad en las mismas.

El Siervo de Dios se entregó a sí mismo en aras de la caridad. Como se había propuesto, dio todo lo que tenía, a Cristo, a quien lo veía en los hermanos.

Bien podía decir lo que decía san Pablo a los Tesalonicenses:

“Ustedes saben – y Dios es testigo de ello – que nunca hemos tenido palabras de adulación, ni hemos buscado pretexto para ganar dinero. Tampoco hemos ambicionado el reconocimiento de los hombres, ni de ustedes ni de nadie, si bien, como Apóstoles de Cristo, teníamos el derecho de hacernos valer.[...] Recuerden, hermanos, nuestro trabajo y nuestra fatiga cuando les predicamos la Buena Noticia de Dios, trabajábamos día y noche para no serles una carga”.

3. Virtudes cardinales

El crecimiento armónico de la persona que tiende a la plena comunión con Dios exige, además de las virtudes teologales, el ejercicio de otras virtudes que tradicionalmente son llamadas “cardinales”, por cuanto sobre ellas, como sobre goznes o “cardines”, se mueve toda la vida moral.

Estas virtudes a su vez son el punto de arranque y el gozne de otras muchas virtudes emparentadas con cada una de ellas, como dice san Pedro:

«Poned el mayor empeño en añadir a vuestra fe la virtud, a la virtud el conocimiento, al conocimiento la templanza, a la templanza la paciencia en el sufrimiento, a la paciencia en el sufrimiento la piedad, a la piedad el amor fraterno, al amor fraterno la caridad».

Estas virtudes, la teología católica las entiende como aptitudes connaturales que se desprenden de la práctica de las virtudes teologales, y son «fruto del Espíritu».

El Siervo de Dios, iluminado por la fe y movido por la caridad, ejerció de modo heroico las virtudes morales, ordenando hacia Dios todos los actos de su vida cuyo objeto no era directamente Dios.

3.1 Prudencia heroica

“La Prudencia es la virtud que dispone la razón práctica para discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y para elegir los medios rectos para realizarlo”.

San Agustín la define como “el amor que sabe discernir perfectamente lo que puede ser útil de lo que puede obstaculizar en el camino de Dios”.

Para Santo Tomás de Aquino, que sigue a Aristóteles, “la prudencia es la regla recta de la acción”.

En resumen, la prudencia como virtud cristiana, es docilidad al Espíritu, es previsión de dificultades, es discernimiento, es aceptación del consejo como camino para conocer la voluntad de Dios, es sabia utilización de los dones de Dios y de los medios ordinarios que Él nos ofrece.

a. El Siervo de Dios, además de la prudencia humana, tenía la virtud de la sobrenatural

Los testigos, al hablar de la virtud de la prudencia, dicen que el Siervo de Dios estaba adornado de dicha virtud. Usan palabras laudatorias, como “Muy prudente”. *“Ejemplo de hombre prudente”.*

La prudencia del Siervo de Dios no era una prudencia humana, que juzga las cosas con criterios utilitaristas o lucrativos. Quienes se guiaban por tales criterios pensaban que el Siervo de Dios era un utopista, y que sus proyectos estaban llamados al fracaso. Y realmente, como afirman los testigos, era muy difícil moverse en medio de las circunstancias adversas en que empezó su obra social de las cooperativas para llevar a Cristo al trabajo y restituir dignidad a los obreros. Tenía por una parte la oligarquía del lugar que intentaba conservar sus privilegios, la falta de preparación de los jóvenes que no tenían acceso a la Escuela Profesional de la Unión Cerrajera, la gran desigualdad entre los directores de las empresas y los trabajadores, la situación política, que sospechaba de todo aquel que hablase de justicia.

En sus sermones y charlas fue siempre fiel a la doctrina social de la Iglesia expuesta en las encíclicas de los papas, sobre todo la Rerum Novarum, la Quadragesimo Anno, y la Populorum progressio. Hablaba con valentía de los derechos de los obreros, del salario justo, de su derecho a participar de los beneficios de la empresa, pero no cayó nunca en un lenguaje provocador, ni

incitó nunca a la rebelión, que hubiera obtenido el efecto contrario a lo que intentaba alcanzar. Vigilado por la autoridad civil y acosado por quienes veían confluír los obreros hacia las cooperativas, supo moverse con valor y con la prudencia que le inspiraba su responsabilidad pastoral.

b. Don de consejo. Confesor y director de almas

El Siervo de Dios, por su carácter, su profunda espiritualidad, su prudencia y su disponibilidad se convirtió desde que llegó a Mondragón en un director de almas admirable, cuyos consejos infundían confianza. A través del confesonario, al que dedicaba todos los días cerca de dos horas, se convirtió también en director espiritual de almas ansiosas de santidad.

Su despacho de la Escuela Politécnica, al que acudía todos los días después de confesar casi dos horas, celebrar la misa y visitar a los enfermos, se convirtió en un lugar de consultas de todo tipo: problemas morales, dificultades laborales o de convivencia y cualquier dificultad que tuviesen los jóvenes o los no tan jóvenes y a todos atendía don José María con amabilidad, dando sabios consejos que devolvían serenidad y paz.

Conclusión

Podemos concluir diciendo que el Siervo de Dios practicó la virtud de la prudencia, tanto bajo el aspecto humano como bajo el aspecto sobrenatural de un modo eminente, y que Dios le concedió el don de consejo, con el que ayudó a los fieles confiados a su ministerio sacerdotal.

3.2 La virtud de la Justicia

El Catecismo de la Iglesia Católica define así esta virtud cardinal:

“La justicia es la virtud moral que consiste en la constante y firme voluntad de dar a Dios y al prójimo lo que les es debido. La justicia para con Dios es llamada “la virtud de la religión”. Para con los hombres, la justicia dispone a respetar los derechos de cada uno y a establecer en las relaciones humanas la armonía que promueve la equidad respecto a las personas y al bien común”.

El Siervo de Dios ejercitó en grado heroico la virtud de la justicia para con Dios y para con el prójimo.

a. Justicia para con Dios

Los testigos hablan largamente de la justicia de don José María para con Dios, que ponen en el fiel cumplimiento de las leyes de la iglesia y de su oficio de coadjutor.

Desde niño se distinguió por su piedad. Rezaba con devoción el rosario en familia y pronto colaboró con el párroco ayudando a misa como monaguillo y asistiendo a los actos de culto.

Fue también fiel cumplidor de sus deberes religiosos en el seminario menor, como lo acreditan sus calificaciones relativas a la conducta.

Esa fidelidad, puntualidad y constancia en el cumplimiento de los deberes religiosos las demostró también durante su permanencia en el seminario mayor.

Todos los testigos hablan de su ejemplar fidelidad a sus deberes como sacerdote y como coadjutor.

Sus deberes como sacerdote, fue su “identidad primaria”; ser sacerdote era su carta de identidad.

b. Justicia para con los hombres

En cuanto a la justicia para con los hombres, vamos a considerar dos aspectos:

Primero el ejercicio de la justicia por él mismo con los demás.

Segundo, que no se contentó con ser personalmente justo, sino que consideró un deber de su ministerio sacerdotal, promover la justicia social, hacer que todos ejercitaran la justicia sobre todo con los obreros.

Justo con los demás

Declaran los testigos que fue siempre justo con los demás. Justo al momento de emitir algún juicio, justo en su trato exquisito, sin hacer distinciones, justo con los que de algún modo dependían de él.

Era muy justo al momento de emitir un juicio sobre los demás o dar un informe sobre el comportamiento de alguna persona y aconsejaba a los

colaboradores a no emitir juicios sobre personas ausentes y a no decir lo que no habría dicho ante la presencia de la persona enjuiciada.

Apóstol de la justicia social

En el siglo veinte, sobre todo después de la segunda guerra mundial, tuvo un gran florecimiento la pastoral de la justicia social. Bajo el impulso de las encíclicas sociales de los Papas, surgieron muchos movimientos que intentaban cristianizar a las masas obreras y a la vez exigir a las empresas la justicia social. Nacieron por aquellos años la JOC, la HOAC, los “curas obreros” movimiento eclesial inspirado en la doctrina del Arzobispo de París, Emmanuel Zurrad (1874-1949). Nació ese movimiento en Francia en 1944 y se extendió por España en 1964. Todos esos movimientos realizaron en general una labor loable en la cristianización del mundo obrero. Sin embargo, algunos de ellos, moviéndose en un terreno resbaladizo, derivaron a veces hacia formas de rebelión, de huelgas reivindicativas cuando no adoptaron una ideología marxista o a ella vecina.

Por otra parte, esas asociaciones trabajaban en el mejor de los casos de un modo periférico y no podían cambiar el sistema de las empresas, en las que existía y existe la diferencia de clases y las grandes desigualdades entre los directivos y los obreros, que no tienen parte alguna en la dirección ni en los beneficios de la empresa.

El Siervo de Dios, cuando formó a unos pocos discípulos que llegaron a ser Peritos Industriales y dos de ellos fueron elegidos titulares del Jurado de la Empresa Cerrajera, pensó que habría podido cambiar desde dentro a través de sus discípulos el sistema pidiendo que los obreros pudieran ser accionistas. En la primera Junta General, sus discípulos propusieron que el 20% del capital que intentaba ampliar la Empresa pudieran suscribirlo los trabajadores como accionariado obrero. La empresa rechazó tal propuesta.

Alguien incluso dijo que el hijo del obrero tenía que ser obrero. Don José María había fracasado. Entonces pensó crear empresas con un sistema completamente diferente, en el que todos, obreros y directivos, fueran socios de la empresa, tomasen parte en las decisiones y participasen en los beneficios.

Quizás le vinieron a la mente las palabras del profeta Ezequiel: “Arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne”.

También don José María se propuso crear empresas con un corazón nuevo, hecho de humanidad y solidaridad cristianas.

Nació así la primera empresa cooperativa ULGOR, a la que siguieron otras cooperativas, como la Caja Laboral Popular, la Liga de Educación y Cultura, Alecoop, etc.

El describir las numerosas cooperativas nacidas en Mondragón bajo el impulso del Siervo de Dios y explicar su naturaleza jurídica, sus estatutos, su finalidad y sus logros nos llevaría demasiado lejos y requeriría un grueso volumen monográfico.

A nosotros nos interesa resaltar la finalidad de las cooperativas, el espíritu que las inspiraba.

Justicia social para con los trabajadores

Con las cooperativas el Siervo de Dios, impulsado por el amor al prójimo, se proponía rescatar la dignidad del obrero y garantizarle la justicia social y la justa valoración de su trabajo. Y en efecto, todos los trabajadores de la cooperativa son socios de esta, y se rigen por unas reglas que se imponen democráticamente a sí mismos, normas que fijan con justicia la retribución debida a cada uno de los socios por su trabajo.

La cooperativa formada con espíritu de solidaridad cristiana es la máxima expresión de la justicia retributiva. Y todo fue obra del Siervo de Dios, que ideó el sistema cooperativista fundado en la solidaridad cristiana, en el trabajo, en la ayuda mutua, en la participación de todos los trabajadores en las decisiones y en la participación de los beneficios, salvados aquellos beneficios destinados a obras sociales y al fondo de reserva.

Los trabajadores operadores de la justicia social

Los cooperativistas no sólo fueron favorecidos por la justicia social que, gracia a la acción del Siervo de Dios, se estableció en las cooperativas, sino que a su vez se convirtieron en agentes de la justicia social con respecto a otros trabajadores, que gracias a la apertura de las cooperativas, entrarían a formar parte de las mismas como socios con todos los derechos. Podemos decir incluso, que la acción de los cooperativistas sobrepasaba la obligación del cristiano respecto a los deberes de justicia para con los demás, pues renuncia-

ban libremente a una parte de los beneficios, que se destina a obras sociales y al fondo de reserva para abrir otros puestos de trabajo.

Los Estatutos Sociales de ULGOR redactados por el Siervo de Dios en 1959, establecen en el capítulo III, Art. 26: “Se destinará un quince por ciento al Fondo de Reserva y otro tanto al Fondo de Obras Sociales”.

Conclusión

Creemos que queda probada la virtud de la justicia del Siervo de Dios para con los hombres en su doble aspecto: como virtud personal, y como promotor de la justicia social. No habría podido ser considerado como un sacerdote santo si, como pastor, no se hubiera preocupado de que entre los fieles se cumpliera la justicia social. Cumplió con sus deberes de justicia para con los demás y fue un apóstol de la justicia social, como lo piden los papas en sus encíclicas.

3.3 Virtud de la Fortaleza

El Catecismo de la Iglesia Católica la define así:

«La fortaleza es la virtud moral que asegura la firmeza en las dificultades y la constancia en la búsqueda del bien. Reafirma la resolución de resistir a las tentaciones y de superar los obstáculos en la vida moral. La virtud de la fortaleza hace capaz de vencer el temor, incluso a la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones».

San Agustín dice que la fortaleza es: “*El amor que todo lo soporta con alegría con tal de llegar a Dios*”.

Por tanto, la fortaleza es la virtud que nos da la constancia y la perseverancia en el camino del bien, la paciencia y la valentía en el sufrimiento físico y moral, en la persecución y hasta en la muerte.

Los testimonios sobre la virtud de la fortaleza en el Siervo de Dios son unánimes y abarcan casi toda su vida, la niñez, la juventud y la vida sacerdotal hasta la muerte, que aceptó con serenidad. Pero examinemos cada una de esas etapas.

a. Fortaleza durante la niñez

Casi todos los testigos aluden al hecho dramático de la pérdida del ojo izquierdo por parte del Siervo de Dios cuando tenía unos tres años.

Naturalmente el hecho dejó sus secuelas durante toda su vida, y le originó sobre todo en la niñez y pubertad algún complejo, como la sensación de debilidad. Y no podía ser menos, pues algunos se aprovechaban de su ceguera parcial, por ejemplo, para ganarle a la pelota.

b. Fortaleza durante su juventud

No fueron pocas las penalidades que tuvo que soportar cuando fue llamado a filas en las milicias del PNV del País Vasco, durante el intento de huida, la prisión, el juicio y finalmente durante el servicio militar en Burgos.

El año 1936 estaba acabando el segundo curso de teología cuando estalló la guerra civil, que iba a interrumpir su carrera sacerdotal. La incertidumbre, el miedo de ser víctima él o alguno de su familia de la violencia de alguno de los bandos, el temor de no poder reanudar sus estudios etc. lo tuvo en ansia varios meses. Por fin, fue llamado a filas destinado a la Sección de Prensa de las Milicias en Bilbao, en concreto a la redacción del periódico Eguna. Cuando el ejército nacional entró en Bilbao se vio obligado a huir, pues temía ser acusado de desertor y traidor a la patria. Fueron ciertamente días de total desamparo, de temores por su suerte y por la suerte de su padre, de tendencias nacionalistas. Su fallido intento de huir a Francia, acrecentó sus temores. Denunciado como colaborador de los enemigos de España, fue encarcelado y sometido a un juicio militar. Temía ser condenado a muerte o por lo menos a varios años de prisión, como lo habían sido conocidos suyos.

En esos momentos de incertidumbre, de desamparo, de soledad, no desesperó. Siguió confiando en el Señor.

Absuelto del supuesto delito de rebelión y destinado como soldado a Burgos, sufrió con paciencia la vida dura del cuartel y acrecentó su confianza en el Señor, fortalecida por una intensa vida espiritual, como hemos probado al hablar de su amor a Dios.

c. Su fortaleza durante su ministerio sacerdotal

De esta etapa de la vida del Siervo de Dios, que abarca desde el 1941 hasta el momento de su muerte en 1976, tenemos abundantes testimonios que hablan de su fortaleza de ánimo.

El Siervo de Dios, que se había atendido siempre rigurosamente a exponer la doctrina social de la Iglesia respondió sereno al Gobernador que iría donde le mandase el Obispo. Afirma el testigo que contó la entrevista con el Gobernador, *“noté que fue su fortaleza indomable la que había logrado sortear uno de tantos avatares de su rica y abarcadora vida”*.

d. Fortaleza en la enfermedad

La actitud del Siervo de Dios durante los años de la enfermedad que lo llevó a la muerte, fue ejemplar. Jamás una queja, siempre con la sonrisa en los labios, dispuesto a aceptar lo que Dios dispusiera. Son varios los testigos que quedaron edificados por su comportamiento y por su admirable resignación. Su médico de cabecera dice que era *“un paciente ejemplar”*.

Como consecuencia de la última operación para renovarle una válvula en el corazón, le quedaron en el pecho unas heridas infectadas, que no acabaron de cicatrizar. Todos los días tenía que someterse a unas curas muy dolorosas. Afirma el médico que *“durante el período más bien largo de casi cura diaria, nunca se le oyó una palabra de queja”*.

Conclusión

Después de oír a los testigos hablar de la fortaleza del Siervo de Dios, se comprende por qué algunos digan que fue la virtud de la fortaleza la que más destacó en el Siervo de Dios. Esa virtud le hizo superar la noche oscura que lo probó en los últimos años de su vida a causa de los horribles sufrimientos de sus heridas en el pecho, que no cicatrizaban.

Él se escudó en el Señor, y en la agonía invocó la protección de la Virgen, a la que se había ofrecido como esclavo.

3.4 Virtud de la Templanza

“La templanza – dice el Catecismo de la Iglesia Católica – es la virtud moral que modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados. Asegura el dominio de la voluntad sobre los instintos y mantiene los deseos en los límites de la honestidad”

Decía San Agustín que la función de la templanza es *“despreciar todos los placeres del cuerpo y las alabanzas humanas para orientar todo nuestro amor hacia las cosas invisibles y divinas”*.

Esto significa establecer una jerarquización en los bienes y valores humanos, y, sin considerarlos malos en sí mismos, prescindir de ellos, optando por otros más excelentes, propuestos por el Evangelio. La templanza cristiana implica una lucha contra los apetitos e inclinaciones del *“hombre viejo”*, que quieren imponer su dominio despótico en nosotros, para revestirnos del *“hombre nuevo creado en justicia y santidad verdaderas”*.

Don José María practicó la virtud de la templanza privándose incluso de los placeres lícitos en la comida, en la bebida, en la recreación y trató siempre de castigar su cuerpo con la austeridad y con la penitencia corporal. Examinemos algunos aspectos de la virtud de la templanza en el Siervo de Dios:

Morigerado en la comida y en la bebida, en el sueño, en el vestido. Los testigos, refiriéndose a la virtud de la templanza don José María, dicen que era *“sobrio”*, *“frugal”*; *“austero en comer y beber”*; *“increíblemente modesto”*, con una *“austeridad espartana”*.

Conclusión

Nos hemos limitado a citar algunos testigos, los suficientes para demostrar la vida austera del Siervo de Dios, su frugalidad en la comida y bebida, sus costumbres decorosas, dignas de un sacerdote que aspiraba a la santidad y al dominio de todas sus inclinaciones. Su misma figura ascética era una prueba de la austeridad de su vida.

4. Virtudes anejas

Después de haber probado cómo practicó el Siervo de Dios las virtudes teologales y cardinales en forma heroica, pasamos a comprobar cómo también destacó en el ejercicio heroico de las virtudes conexas con ellas: la humildad, la castidad, la pobreza y la obediencia.

4.1 Virtud de la pobreza

Fue la virtud de la pobreza, del desprendimiento la que más impactaba a los fieles. De ella hablan los testigos profusamente en sus declaraciones, sin que haya ni siquiera una voz discordante. Fue tan evidente la práctica de esa virtud, que nos limitaremos a mencionar algunos testimonios, poniendo en evidencia que el Siervo de Dios abrazó voluntariamente la pobreza, para imitar a Cristo y asemejarse a los obreros.

a. Abraza voluntariamente el consejo evangélico de la pobreza

La ordenación sacerdotal en la iglesia latina conlleva implícitamente los votos de castidad y obediencia al obispo, no el voto de pobreza, que es en realidad un consejo evangélico. El voto de pobreza es propio de los religiosos, no de los sacerdotes seculares. Sin embargo, siendo la pobreza un consejo evangélico, la abrazan voluntariamente los sacerdotes que desean imitar totalmente a Cristo, y progresar en el camino de la santidad. Tal fue el caso de don José María Arizmendiarieta que abrazó desde joven la pobreza. En efecto, al elegir la carrera sacerdotal, renunció al mayorazgo en favor de su hermano, y por tanto al caserío y a las tierras que lo circundaban y que aseguraban el sustento de varias personas.

Al conocer su destino, se reafirmó más en su propósito de ser pobre. Sabía muy bien que le tocaría trabajar entre gente humilde, que luchaba contra la pobreza para sacar adelante la familia. Por eso se propuso adoptar también él la pobreza, primero, para asemejarse a Cristo y segundo, para poder penetrar mejor e introducirse en la gran familia obrera.

b. El cura de la maleta de cartón y la bicicleta

Desde que se presentó en Mondragón, su primer destino, fue un ejemplo de humildad y de pobreza. Como un pobre sacerdote de campaña, se dirigió a su destino solo, en la segunda clase del tren que tenía asientos corridos de madera. Llevaba todo su ajuar en una maleta de cartón.

Durante sus más de treinta años de su ministerio, se mantuvo siempre como el sacerdote sencillo y pobre que daba a todos, incluidos los sacerdotes, ejemplo de desprendimiento y de pobreza, virtud que se había vuelto en él como un hábito, o, “como una segunda naturaleza”. Por eso los testigos no se cansan de hablar de la proverbial pobreza de don José María: “ningún

sueldo, ni beneficio de las Cooperativas siendo él fundador de todas ellas”, pero todos lo veían “en actitud de renuncia”.

Vivía sólo de la nómina de coadjutor, que no le bastaba para llevar una vida digna. Su madre y su hermana le ayudaban con el “paquete” semanal del caserío con “fruta, huevos, alubias, con todo lo que teníamos”, como atestigua su hermana. El Siervo de Dios repartía a veces el paquete entre los más necesitados. La cosa más valiosa que poseía era una bicicleta que le habían regalado los profesores y alumnos de la Escuela Profesional con ocasión de su cumpleaños el 22 de abril de 1944. Al inicio no aceptó el regalo diciendo que “no necesitaba distingos de ninguna clase, mientras el pueblo en general vive una situación de pobreza”. La bicicleta permaneció durante un año depositada en la Escuela, y finalmente, acuciado por la necesidad de tener que desplazarse continuamente por las calles de la población, empezó a valerle de ella.

De la famosa bicicleta hablan casi todos los testigos. Más tarde le regalaron una motocicleta. Sus discípulos y amigos lo veían jadeante por las empinadas calles de la población, y le “robaron” la bicicleta para sustituírsela con una “Velox”, una pequeña motocicleta a la que había que ayudarle pedaleando para subir las pendientes.

Le aconsejaban adquirir un coche, pero eso era demasiado para su espíritu de pobreza.

Como ejemplo de su espíritu de pobreza evangélica recordamos las condiciones que puso para aceptar el cargo de Asesor Eclesiástico de sindicatos de la provincia de Guipúzcoa. Respondió que aceptaba a condición de que “sus servicios sean religiosos, morales y al mismo tiempo gratuitos”.

Durante su ministerio sacerdotal, renunció a la posibilidad de poseer una casa propia, habiendo fabricado más de un centenar de pisos para ayudar a los obreros. Cuando se vio imposibilitado para acceder a su habitación de la casa parroquial por falta de ascensor, aceptó trasladarse al piso que le asignaron dotado de ascensor, pero inscribió el piso a nombre de Eulogia, la señora que lo cuidó hasta el momento de la muerte. Por eso no tuvo necesidad de extender un testamento pues no poseía nada y podía repetir como Cristo: *Las zorras tienen guardadas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.*

Conclusión

Teniendo en cuenta lo que han declarado los testigos, no cabe duda de que el Siervo de Dios practicó la virtud de la pobreza de modo heroico.

Como Cristo que siendo el creador del mundo quiso ser pobre, así el Siervo de Dios habiendo sacado de la pobreza a miles y miles de obreros, no quiso participar jamás de los beneficios de las empresas, ni recibir un justo salario, como se lo ofrecían, como asesor y profesor en la Escuela Profesional. Se aplicaba a sí mismo las máximas o lemas que repetía a sus discípulos: *“Ser y no tener, Actuar y no ganar, Crear y no poseer, Progresar y no dominar”*.

4.2 Virtud de obediencia

Destaca su posición en estos puntos: 1) Se mostró siempre obediente con sus padres y con sus superiores del seminario; 2) Durante su ministerio sacerdotal fue siempre obediente al obispo y al párroco.

a. Obediente con sus padres y con los superiores

En la relación con los padres era de buen hijo, amable, atento y sobre todo dócil.

Su madre le inculcó los principales valores morales, entre otros naturalmente, la obediencia y docilidad. Creció como *“un niño tímido, tranquilo, silencioso y observador con aficiones reposadas y refinadas”*, en una palabra, un buen niño dócil y obediente que apuntaba su tendencia a la carrera sacerdotal.

El espíritu de obediencia y sumisión a los superiores en los seminarios menor y mayor lo certifican las calificaciones mensuales y los informes sobre su conducta.

b. Obediencia al Obispo

Como hemos indicado más arriba, al abrazar el sacerdocio, era consciente de que hacía el voto de obediencia al Obispo y a los legítimos superiores.

Y desde el primer momento tuvo que someterse a la voluntad del obispo de Vitoria. Después de la ordenación sacerdotal, le hubiera gustado al Siervo de Dios estudiar sociología en Lovaina. Lauzirica, el Obispo de Vitoria, lo destinó a la parroquia de san Juan Bautista de Mondragón como coadjutor.

Una misión difícil porque la población había sido muy castigada por el azote de la guerra civil y quedaban muchos odios, muchos deseos de venganza, muchas heridas sin cicatrizar. Difícil también bajo el aspecto social, pues existían grandes diferencias entre los empresarios y la masa obrera, que luchaba para poder subsistir y no podía salir de la pobreza. Había que llevar la paz y la serenidad, hacer desaparecer los odios y sembrar el optimismo, la solidaridad, y rescatar la dignidad del obrero. Por todos estos motivos, le costó seguramente al joven sacerdote renunciar a sus ansias de estudio y meterse en el campo minado que le señaló el obispo. Por otra parte, se le ofrecía la oportunidad de poner en práctica sus estudios de sociología y de cumplir sus propósitos de entregar su vida por los demás, de asemejarse a Cristo siendo como él, pobre y obediente. Por eso aceptó la misión que le confió el obispo sin poner dificultad alguna.

Los testigos hablan de este acto de obediencia del Siervo de Dios y citan también otros hechos que demuestra su espíritu de obediencia.

c. El hombre de la obediencia

Otra prueba de obediencia la dio el Siervo de Dios cuando, denunciado de soliviantar con sus sermones a los obreros, el Gobernador Civil le manifestó la posibilidad de ser trasladado a otro lugar, el Siervo de Dios respondió: *“Yo respetaré lo que me ordene el ordinario de la diócesis”*.

El Ordinario de la diócesis era Jaime Font, que aconsejó a don José María que bajase el tono de los sermones, cosa que hizo por obediencia.

En efecto, el 4 de mayo de 1956, el Siervo de Dios escribía al Gobernador, Tomás Garicano Goñi: *“Muy a pesar mío he tenido que estar estos días en el pueblo imponiéndome una norma de discreción, que he llevado a rajatabla”*.

Al moderar su lenguaje, como le había pedido el Obispo, se guiaba por el *“Principio de obediencia ciega al superior tan caro a la espiritualidad que había adoptado en el seminario”*.

Cuando por algún motivo justo tiene que ausentarse de la parroquia, o piensa llevar a cabo cualquier iniciativa extraordinaria, solicita el permiso del Obispo y lo hace con mucho respeto y humildad. Pide permiso, por ejemplo, para celebrar la misa en un local; para viajar a Alemania.

Las cartas al Nuncio y a los diversos obispos de San Sebastián en las que les informa de cooperativas y de la Escuela Profesional y Politécnica, respiran respeto y pleitesía.

d. Respeto a los superiores

El Siervo de Dios no se limitaba a acatar las órdenes de los superiores, sino que nunca las criticaba, aunque parecieran injustas y contrarias a su modo de pensar. Tal fue el caso de la intervención de José María Setién, obispo auxiliar de San Sebastián. En 1965 una empresa cooperativa tuvo un conflicto laboral. Los socios habían fijado democráticamente el salario de los trabajadores, que eran también socios de la empresa. Algunos reclamaban un aumento del salario y una veintena se levantó en huelga. La Asamblea General despidió a los huelguistas. Al obispado no le pareció bien, pues una cooperativa que se profesaba cristiana había despedido a unos trabajadores. José María Setién, obispo auxiliar, escribió una nota y mandó que se leyese en la iglesia de Mondragón. El párroco de San Juan Bautista, juzgando injusta la nota, se negó a leer la nota. Los coadjutores criticaron la nota. Don José María, que era el más interesado, guardó silencio, nadie le oyó una crítica. El respeto a los superiores entraba también dentro de su espiritualidad.

e. Obediente al párroco

Como nos enseña la experiencia, suelen ser difíciles las relaciones entre los coadjutores y los párrocos, a menos que se trate de personas muy maduras y el coadjutor esté adornado con el espíritu de total obediencia.

Este fue sin duda el caso del Siervo de Dios, que durante los treinta y cinco años que sirvió en la parroquia de San Juan Bautista de coadjutor, y a pesar de que tenía una mentalidad y unas aficiones muy diversas de las del párroco, jamás tuvo una discusión o desavenencia seria con él. Y esto por dos motivos: porque era fidelísimo en el cumplimiento de sus obligaciones y porque era sumamente obediente y respetuoso.

Conclusión

Podemos decir, como lo calificaba alguien, que el Siervo de Dios era *“El hombre de la obediencia”*.

Podemos decir también que era el hombre del respeto a los obispos y a los superiores. Dotado de una inteligencia poco común y de un carácter optimista

y lleno de iniciativas, sus criterios chocaban a veces con los criterios del párroco. En las divergencias, en el momento de enfocar un problema o buscar una solución, exponía su criterio y, como han declarado los testigos, se sometía a la decisión del Obispo o del párroco. En una palabra, ante la duda o disparidad de opiniones, la obediencia porque sabía que quien obedece cumple la voluntad de Dios y queda exento de toda responsabilidad.

4.3 Virtud de Castidad

En realidad, no le salpicó al Siervo de Dios ni siquiera las calumnias o habladurías que nacen casi siempre en torno a los sacerdotes.

Nadie sospechó nada, nadie se permitió hacer insinuaciones y mucho menos acusaciones que pudieran mancillar su honor en este punto.

Conclusión

Podemos concluir diciendo que el simple hecho de que en 35 años de apostolado en la misma parroquia y en trato continuo con toda clase de personas, jóvenes y chicas, pobres y ricos no surgiera ni siquiera la más mínima sospecha sobre la seriedad del Siervo de Dios en el trato con los demás, nos induce a concluir que cumplió con fidelidad y ejemplaridad la virtud de la castidad. Por eso los testigos daban por supuesto que era un hombre casto, puro, intachable en esta materia y que por eso se ganó el respeto y la honorabilidad de todos sus feligreses.

4.4 Virtud de Humildad

Es la humildad otra de las virtudes en las que destacó el Siervo de Dios. También aquí habría que escribir una monografía para ilustrar todos los hechos en los que brilló la humildad y sencillez de don José María. Expondremos en primer lugar lo que dicen los testigos, y recordaremos algunos hechos en los que brilló la sencillez y humildad del Siervo de Dios.

María Arizmendiarieta, su hermana, que convivió con él durante su infancia y parte de su juventud y lo trató durante toda su vida, afirma que *“desde pequeño fue muy humilde y sencillo y así continuó a lo largo de su vida”*.

Y concluye diciendo que fue *“la humildad la virtud que más sobresalió”* en él.

a. No aceptaba ni honores ni privilegios

El 26 de agosto de 1952 se inauguró la nueva Escuela Profesional de Saldispero. Acudieron varias personalidades: Joaquín Ruiz Jiménez, Ministro de Educación, el Obispo de San Sebastián, el Alcalde, el Director de la Escuela de Peritos de Zaragoza, las autoridades de los pueblos circunvecinos y otras personalidades.

Estaban presentes en el acto también los once primeros titulados en la Escuela de Peritos industriales de Zaragoza y cientos de estudiantes con sus mejores trajes se agolpaban para saludar al ministro y al obispo.

En el grupo de las autoridades faltaba el que había sido el fundador de la Escuela que iba a inaugurarse: Don José María, a quien se intentaba también homenajear, se había colocado entre el público.

Estaba presente la primera promoción de Peritos industriales. Les entrega el título el Ministro de Educación.

Lo más emocionante fue cuando el Ministro alabó la labor de don José María Arizmendiarieta y dijo que le iba a conceder la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X y la Corbata de tal Orden a la Liga de Educación y Cultura.

El Siervo de Dios quedó sorprendido y turbado porque no se merecía eso y como sacerdote no podía aceptarlo. Unos días después escribió al Ministro para que no gestionase el nombramiento:

“En primer lugar [...] porque la escuela y otras actividades sociales son compartidas por todo un equipo de hombres que tienen sobre mí el mérito de que su colaboración sea anónima aparte que han trabajado tanto o más que yo. Por otra parte, hemos tenido un afán de despersonalizar las actividades [...]

Yo necesito llegar a todos los ambientes y creo que lo que más le favorece a uno es la máxima sencillez: en mi caso sacerdotal y sobrenaturalmente, estoy mejor sin distinciones honoríficas. Cada vez que caigo en algún tropiezo de vanidad yo mismo me siento sin autoridad”.

Aquí aparece claro que, al tratar de que no le concediesen el título honorífico que había prometido públicamente el Ministro de Educación, estaba movido por el espíritu de una auténtica humildad, basada en su espiritualidad

sacerdotal y sobrenatural. El ansia de santidad le inducía a despreciar los honores y a buscar los verdaderos bienes del espíritu. Había experimentado que la vanidad socava la autoridad de la persona y su misma personalidad.

Del escrito del Siervo de Dios se deduce también su espíritu de solidaridad y de justicia.

No cree justo conceder un título a un solo individuo cuando todos son miembros del mismo grupo y todos han trabajado por igual.

Ni el Gobernador Civil ni el Ministro de Educación entendieron estos razonamientos y el 24 de octubre de 1952, el Gobernador le hizo entrega de la condecoración que había prometido el Ministro.

Otro hecho demuestra la humildad del Siervo de Dios. En abril de 1975, atraído por la fama de las cooperativas de Mondragón y de su ideador y promotor, lo visita el profesor, William Foote White, profesor de sociología de la universidad neoyorquina de Cornell. Lo acompañaban dos investigadoras, una de ellas hispanoparlante. Los visitantes quedaron impactados por la figura ascética y fascinante del Siervo de Dios. Intuyeron en él una rica personalidad llena de un fuego interior y de una profunda humildad. Al hablar de las obras realizadas en Mondragón, evitó siempre aparecer como el protagonista. Nunca usó las palabras: “hice”, “proyecté”, “realicé”, sino siempre palabras reflexivas: se realizó, se fundó, etc...

b. Dominó la soberbia, su pasión dominante

En los ejercicios espirituales de octubre de 1953, entre otros propósitos, promete examinarse sobre el vicio de la soberbia:

“Llevaré examen particular sobre algunas manifestaciones de mi soberbia, que es mi pasión dominante. Reanudaré con más orden la dirección espiritual”.

¿Logró el Siervo de Dios dominar con los años esa “pasión dominante” de la soberbia?

Conclusión

La virtud de la humildad del Siervo de Dios queda suficientemente probada, no sólo por la unánime declaración de los testigos sobre esta virtud, sino también

por diversos hechos. Trató de evitar cualquier privilegio y cualquier título honorífico, y esto por su carácter sacerdotal y por un principio de espiritualidad. *“Su gran título y honor, era el de ser coadjutor de la parroquia de San Juan Bautista de Mondragón”*, es decir el título de sacerdote humilde de pueblo que no llega siquiera a ser párroco. Y este título, como solía decir, no estaba dispuesto a cambiarlo por nada de este mundo.

5. Fama de santidad

Como enseña Benedicto XIV, la fama de santidad es la opinión generalizada, manifestada públicamente por la mayor parte del pueblo, de una manera espontánea y constante, sobre el martirio o sobre la vida virtuosa y milagros realizados por intercesión del siervo de Dios, que inducen al pueblo a venerarlo y a encomendarse a él.

La fama de santidad debe ser:

Espontánea: no suscitada artificiosamente por medio de la propaganda.

Duradera: que no desaparezca poco tiempo después de la muerte del siervo de Dios, sino que vaya continuamente en aumento;

Generalizada: es decir, que exista en la mayor parte de la comunidad;

Seria: que esté basada no en una falsa santidad, sino en el ejemplo de una vida heroica, consumida en el servicio de Dios y de los hombres.

Según Benedicto XIV, la fama de santidad es esencial en las Causas de beatificación y canonización de cualquier Siervo de Dios. Y es natural que así sea, pues lo exige la misma finalidad de dichas Causas. La Iglesia, al declarar a un Siervo de Dios beato o santo, se propone dos finalidades:

1. Que sirvan de ejemplo de vida para los fieles
2. Que sean invocados como intercesores valiosos ante Dios.

Ahora bien, no pueden servir de modelos de virtudes si no son conocidos, ni serán invocados si no tienen fama de santidad. Por eso, en cada caso hay que estudiar cuidadosamente la fama de santidad.

5.1 Fama de santidad espontánea, no suscitada artificialmente

En el caso del Siervo de Dios, más que una propaganda artificial para provocar la fama de santidad, ha habido un descuido, un desviar la fama de don José María hacia su labor cooperativista, ciertamente encomiable, pero inexplicable sin los principios espirituales que la inspiraron. Los discípulos del Siervo de Dios, y quienes lo conocían más íntimamente, estaban convencidos de su santidad de vida, pero no creían necesario afrontar una Causa de Beatificación. Por otra parte, faltaba una estructura para incoar un Proceso tan complejo, como habría podido ser una congregación religiosa o una cofradía o asociación de laicos. La fama de santidad se mantuvo viva, sin grandes manifestaciones, y fue aumentando espontáneamente, sin propagandas artificiales.

5.2 Fama de santidad en vida

Existen diversos tipos de testigos: Los que ignorando el significado de la fama de santidad, por una parte, la niegan o no la reconocen, y, por otra, la admiten implícitamente diciendo que era un sacerdote perfecto, extraordinario, sin defecto alguno. Otros testigos, los que lo trataron más íntimamente o se dirigieron con él, reconocen sin ambages que durante la vida lo consideraban un santo.

5.3 En el momento de la muerte

Todos los que asistieron al funeral afirman que fue apóstol. El templo parroquial resultó muy pequeño para los miles y miles de fieles que deseaban dar el último saludo a don José María. Se afirma que nunca se ha conocido en Mondragón, ni antes ni después, tal avalancha de gente abarrotando el templo y sus alledaños, y toda la calle durante la conducción del féretro al cementerio. Realmente una impresionante manifestación de duelo.

Podemos afirmar que todos tenían la amarga sensación de haber perdido a un sacerdote especial, importante en la vida de cada uno. Algunos sentían haber perdido al *“sacerdote perfecto”*, otros al guía espiritual, a quien supo devolver la dignidad a los obreros, a quien supo impulsar la creación de las cooperativas y cristianizar el mundo laboral; y no pocos sentían la pérdida de un santo que se había entregado imitando a Cristo, al servicio de los demás. En todo caso todos sentían haberse quedado *“algo huérfanos”*.

5.4 Después de la muerte

Después de la muerte del Siervo de Dios, fueron saliendo a flote los sentimientos de aquellos que lo consideraban un santo. Fueron apareciendo también, poco a poco, escritos que reivindicaban la figura del coadjutor de Mondragón, no sólo el promotor del cooperativismo sino también el sacerdote santo.

El 4 de noviembre de 1987, el famoso arqueólogo y escritor don José Miguel de Barandiarán Irizar, que había sido maestro y guía del Siervo de Dios en los últimos años de la carrera sacerdotal, escribía en el diario *Deia*, que entre los sacerdotes dignos del honor de los altares había que señalar a don José María Arizmendiarieta:

“El primer nombre [...] que aflora en mi recuerdo es el de don José María Arizmendiarieta, vizcaíno de nacimiento y muerto en Mondragón hace once años”.

La fama de santidad de don José María se fue consolidando espontáneamente, sobre todo, gracias a la voz autorizada de los que habían sido sus profesores o directores espirituales. Esto infundió ánimos a sus discípulos predilectos e íntimos colaboradores en la creación de las cooperativas, que tímidamente hablaban de la santidad del Siervo de Dios. Al mismo tiempo surgieron escritos en los que se reivindicaba la faceta de la santidad de don José María.

En otras palabras, en los primeros años después de su muerte se escribió mucho sobre la faceta humana de don José María a quien se consideraba un genio en el campo empresarial y se silenció la faceta espiritual, la más importante.

Sin la parte espiritual es imposible explicar el nacimiento de las cooperativas y su dinamismo. Las cooperativas nacieron no porque don José María fuera un maestro consumado de sociología (tenía apenas unos conocimientos rudimentarios de dicha materia), nacieron, digo, porque era un sacerdote que entregó toda su vida, todos sus afanes a ayudar al prójimo; porque se propuso ser otro Cristo en la tierra, porque era un sacerdote santo, que se proponía rescatar la dignidad del obrero y ayudar a todos a costa de sacrificarse a sí mismo.

Sin este espíritu de sacrificio, de entrega, de amor ilimitado, no se comprenderían sus logros en el campo laboral, sobre todo la constitución de las cooperativas de Mondragón.

Conclusión

Hemos creído oportuno tratar en profundidad el tema de la fama de santidad, por su importancia y porque podría parecer a primera vista oscuro o no tan

evidente para sostener la candidatura del Siervo de Dios a la beatificación. Hemos demostrado que no faltó la fama de santidad explícita, o al menos implícita en el hecho de que todos admiten que era un sacerdote perfecto, coherente consigo mismo, fiel en el cumplimiento de sus obligaciones sacerdotales como coadjutor de la parroquia, entregado completamente al servicio de los demás, pobre, sencillo y humilde, austero como un asceta, con una frugalidad monacal. Todos los ingredientes que constituyen a un santo.

Sobre la oportunidad de la Causa hablan sobre todo sus principales colaboradores en las cooperativas, concebidas como expresión de la doctrina social de la Iglesia, y como la aplicación de la doctrina de Cristo de amor al trabajo, de sacrificio, de solidaridad cristiana, de ayuda mutua. Estos conceptos expresados en los primeros estatutos redactados por el Siervo de Dios, se van diluyendo y van perdiendo el carácter cristiano de las cooperativas y por ello es conveniente proponer al mundo obrero el espíritu del fundador. Hay que dar a la vida de D. José María un gran valor. No sería justo separar su condición de santo de la obra social que él realizó, de donde emanaban sus fuentes, de donde surgían sus raíces.

Ciertamente, si el Siervo de Dios es canonizado, como esperamos, aparecerá un santo atípico, y por ello más actual, pues no conocemos otro santo que se haya santificado ejercitando la caridad a través obras sociales, de empresa cooperativas:

“Después de su muerte dejó una estela de hombre bienhechor del pueblo. No podemos decir que dejara una fama de santidad en el sentido tradicional del término, porque Don José María sería un santo atípico”.

D. José María se entregaba a su misión en cuerpo y alma. Es un Siervo de Dios por el que se puede iniciar la causa y al que no se le ha valorado suficientemente.

Pero él representa un modelo en el que se puede creer.

D. José María no dejaba de rezar y muchos días le llegaban la una de la madrugada rezando el breviario. Del mismo modo acudía al confesonario a primera hora de la mañana para ponerse al servicio de todos. D. José María no hubiese aceptado de buen grado la apertura de su proceso de canonización.

Un santo verdadero jamás se proclamaría santo. Pero eso es lo de menos, ¿cómo va a plantearse ser santo uno mismo? Él no puede ser testigo respecto de su santidad.

CUATRO VISIONES SOBRE SU ESPIRITUALIDAD

Por **Xabier Andonegi, Jabier Etxeberria, Pako Etxebeste y Mikel Ormazabal**

Semblanza Espiritual de D. José María

Xabier Andonegi Mendizabal, nacido en Motriku en el año 1954, es sacerdote, responsable de la Pastoral Social para la Promoción Humana Integral y profesor de antropología cristiana en la Diócesis de Gipuzkoa

1. Sus compañeros sacerdotes se disgustaban muchas veces porque no veían reflejado, según ellos, *“lo esencial de D. José María, su vida sacerdotal”*.
 - Urbano Gil de Vitoria lo decía en una revista referido al libro de Joxe Azurmendi, el hombre cooperativo: *“nos habría gustado un estudio más detallado referente a las vivencias sacerdotales y cristianas de D. José María (1985)”*.
 - Antonio Oyarzabal de Ategi comenta: el valioso estudio de Ormaechea titulado *El hombre que yo conocí* está pidiendo otro, que podrá llamarse *El sacerdote que yo conocía*.
2. Creo que es verdad, como lo atestiguan muchos compañeros que *“D. José María fue ante todo y sobre todo un gran sacerdote”* en palabras de Fernando Guerrero, hombre que trató mucho con él. Destacamos algunas cosas:
 - La fecha de su ordenación sacerdotal era el día especial con comida especial (Lurdes Azkoaga).
 - El amor a la parroquia era lo primero. Son palabras tuyas bien conocidas: *“mi cargo de coadjutor será lo último que deje”*.
 - Decía D. Joaquín que encontrándose con él en Vitoria de viaje para Madrid y rápido regreso le decía: *“es que tengo los sábados mi confesionario y mi predicación, los domingos soy coadjutor*.

21 DE ABRIL DE 1941

Junto al cedro derrumbado por el viento en el cerro de Santa Bárbara en Mondragón. Hacía 2 meses que había llegado a su parroquia (al día siguiente cumpliría 26 años).

- Dice Oyarzabal que D. José María solía unir perfectamente la acción, la contemplación, el servicio parroquial y la obra social... Dice: *“se trataba de diversas funciones de mi sola misión sacerdotal. Una vida al servicio de la comunidad para pasar por el mundo, con Cristo, haciendo el bien”*.
 - Era un sacerdote de vocación y encomiable. *“Todas las mañanas en casa, dedicaba un tiempo de oración”*, decía su cuidador: *“Nosotros le vimos siempre muy piadoso y espiritual”*. Un amigo dice así: *“Era un hombre que vivía todo el día en la presencia de Dios”*.
 - La devoción a la Virgen de Arrate fue otra de sus constantes: *“Hacía un par de visitas con sus compañeros durante las vacaciones”* dice Oyarzabal, su discípulo.
 - Pero su centro vital-religioso-espiritual era la Eucaristía. Era el centro de su vida sacerdotal.
 - Astigarraga, párroco de Zarautz, decía: *“Me llamaba la atención el recogimiento y devoción con que celebraba la Misa, el tiempo de preparación inmediata para celebrar y el rato de acción de gracias posterior”*.
 - Es también conocido el testimonio de aquellos que de vacaciones iban juntos que dicen: *“Lo primero que hacía D. José María al llegar a un lugar, era buscar una iglesia dónde poder decir misa. Ningún día dejaba de celebrar misa”*.
3. Fue sacerdote pero un sacerdote especial, carismático, que supo encarnarse en la realidad social y humana del pueblo.
- Se dejó afectar (sensibilizar) por los problemas de la gente y fue aportando soluciones concretas a esos problemas (educativos, de consumo, de ocio, de producción, etc.).
 - Desde el principio sintió la necesidad de unir lo sacramental con lo social (teóricamente debía de ser algo común a todos los curas pero no).
 - El tenía una visión realista y un sentido existencial pragmático que lo engarzó con la espiritualidad de la encarnación de Dios, amor en el amor cotidiano.

- Él tuvo claro su lugar social, era la inspiración de la misión específica de los laicos en el mundo, la transformación de la realidad en un orden mejor de vida, desde el espíritu del Evangelio.
- Esto no era siempre bien comprendido porque lo espiritual se unía a lo devocional y ésta a lo individual. El dio el salto al compromiso transformador social como medio de humanización de las personas.
- Dice Oyarzabal: *“Sólo Dios sabe los disgustos y sinsabores, los quebraderos de cabeza y los esfuerzos titánicos que costó la obra social”* en cuanto obra, pero también en cuanto crítica de estilo sacerdotal no adecuado.
- Él nunca quiso reducir su vida espiritual y sacerdotal a la catequesis y el culto, sino que tenía que refutarse en un *“nuevo estilo de vida”*, en su integralidad personal, social, ética, cultural y política (Setién 1989).
- Se puede decir que fue un adelantado de la Doctrina Social de la Iglesia, el Concilio Vaticano II (G.S.) y la que, estos últimos años la Iglesia jerárquica misma ha orientado. El no teorizó, más bien puso en práctica y construyó la Iglesia Social Transformadora como espiritualidad propia del Evangelio.
- A nivel teológico podríamos decir que se significó por poner en el centro de todo a la persona, con su dignidad, bien documentado en los DDHH y su autonomía de vida.
- Y por otra parte y a su vez a la Comunidad. Persona y Comunidad. Por su naturaleza el ser humano está orientado a la Comunidad desde la solidaridad, lo cual desembocaría en el cooperativismo en contra del capitalismo y el colectivismo.
- En este marco de comprensión se entiende su encuentro con el personalismo de Mounier y otros, como filosofía de una vida solidaria.
- En todo caso es opinión contrastada (ver Oyarzabal al pp 2099) que *“lo que le define es su teología de la persona”*.
- Contemplaba a la persona en su dimensión humano-divina, en semejanza a Dios.
- El hombre así aparece, no como un ser solitario sino solidario, a semejanza de la Trinidad, un ser comunitario, relacional. Lo que define lo relacional

es la relación a Dios. Estamos creados a imagen y semejanza de Dios Amor. La cooperación sería una versión de esta dimensión relacional, consecuencia lógica de este concepto filosófico teológico de persona.

- Así lo entendió Ormaechea en su trabajo cuando dice que: *“La tensión que a D. José María le impulsaba trataba de sus profundas creencias cristianas, cimiento inmovible en que él siempre se apoyó”* (p.24).
- Y lo que define su teología, también es la clave del misterio de la encarnación de Dios en Jesús, su humanización digamos.
- Se rebela contra toda disociación vital, toda dualidad entre lo humano y lo divino.
- Nunca fue amigo de ideas abstractas, solía ir al grano: *“sin encarnación de la Palabra, decía, no hay redención. Por eso, las ideas, si no se encarnan, no redimen”*.
- Él hablaba de la *“espiritualidad de lo económico”* como en aquella famosa reunión de curas y obispos en Aranzazu: *“la espiritualidad es pura abstracción tal como lo explicamos, decía, pero la vida está impregnada de lo económico y determina estructuras... ¿en qué queda el Evangelio si no te comprometes en la realidad social?”*.
- Mao le atraía mucho a D. José María *“por su alto sentido pragmático”* hasta llegar a decir según Oyarzabal que el Hombre Rojo es complemento del Kempis.
- Dice José Mari Mendizabal, que fue sacerdote y compañero suyo en Arrasate: D. José María insistía en que: *“la salvación debe concretarse, debe realizarse en la vida, en el desarrollo, en lo comunitario, en la capacidad de pensar, invertir y servir”* (T.U. 190, 1978).
- Indica algo sorprendente, que D. José María fue invitado a ir en el grupo de misioneros de los Ríos y declinó la invitación *“porque aquello estaba lleno de romanticismo y angelismo”* (sirve para conocer mejor a D. José María, dice Mendizabal).

4. Convince su pobreza y capacidad de sufrimiento vinculados a su espiritualidad sacrificial en imitación a Xto.

- Hay unanimidad en poner de relieve la vida inmanente, austera y pobre de D. José María.
- Su amigo de siempre Gandiaga subraya *“su laboriosidad, su sentido de responsabilidad y su vida austera y pobre”*.
- Lo mismo dice Fernando Guerrero en su artículo necrológico: *“siempre vivió pobre, aunque impulsó a hombres creadores de fuentes de riqueza...”*.
- Todos saben que su único sueldo era el de coadjutor de la parroquia (una miseria), pero él nunca quiso recibir otra cosa.
- Era la ayuda familiar y la de algunas personas lo que le hacía vivir decentemente, digamos, pero muy modestamente. Armentxu lo atestigua estupendamente: *“rehuía casi con desdén que se le regalara nada, pero él lo hacía en cada cumpleaños, invitándonos a comer en su casa”*. *“No conocía la ambición de dinero ni de cargos”*.
- Sus motivaciones, dice Oyarzabal, fueron muy hondas, además de estar a la misma altura que los obreros. Son motivaciones teológicas o espirituales: *“como Xto asumió la pobreza identificándose con los pobres, él también lo tenía que hacer”*. (Kénosis o alejamiento de uno mismo para el encubrimiento de los otros).
- Supo ser víctima (imitación de Xto) sin hacerse la víctima, para no hacer sufrir a los demás. Este era su estilo. No se quejaba nunca. Tenía un temple espartano, tenaz y entero que sorprendía a cualquiera (los médicos lo han testificado).
- Era famosa aquella expresión suya del modo de entender la vida: *“vivir es derramarse como perfume, derrocharse”* (pensamientos). D. José María fue muriendo cada día, dice Oyarzabal.
- Sin duda, D. José María se identificó y se entendió a sí mismo como Cristo, Sacerdote y Víctima. La Cruz era su camino, para una vida nueva, transformadora.

La espiritualidad de D. José María Arizmendiarieta

Jabier Etxeberria es un sacerdote diocesano jubilado, nacido en 1931 y natural de Oñati, que convivió durante 18 años con Arizmendiarieta estando ambos en Mondragón. Ha sido, además, párroco y arcipreste de diversas parroquias de Gipuzkoa y Dtor. del Secretariado diocesano de Catequesis.

La espiritualidad, es decir, las motivaciones y los principios que impulsan la vida interior y todo el quehacer pastoral de D. José María Arizmendiarieta, podemos contemplarla como una superposición de distintas capas, que se unen y entrelazan entre sí, formando un todo espiritual.

En la infancia, los consejos y el ejemplo de sus padres fue el primer factor de su espiritualidad. Los consejos, especialmente de su madre: sé obediente, no te olvides de rezar, cumple con lo que te mandan... serán las primeras motivaciones.

Más tarde, en los años del Seminario las luces y sombras que él vivió, en ese Centro de formación, dejaron en su existencia una profunda huella. Pronto contactó con el Movimiento Sacerdotal que proponían D. Rufino Aldabalde y D. Joaquín Goicocheandia. D. José María fue uno de los entusiastas seguidores de aquel Movimiento. “La santidad sacerdotal no es otra cosa que vivir el sacerdocio con todas sus consecuencias. La santidad no le viene al sacerdote de fuera del sacerdocio. Todo ello quedó expresado en la conocida fórmula “siempre sacerdote, sacerdote en todo, sólo sacerdote”

Con este fervor espiritual llega D. José María a Mondragón. En Mondragón en 1941, a pesar de haber pasado ya dos años desde la terminación de la guerra, quedaban todavía muchas heridas abiertas, muchos rencores, mucho odio y miedo por la represión sufrida y mucha penuria, hambre y racionamiento. La situación de la juventud y del mundo obrero empiezan a acaparar su atención pastoral. El “sólo, todo y siempre sacerdote” no queda restringida al mundo cultural, La penuria e indigencia en que vive la población revuelve su interior. Junto a la labor pastoral, D. José María dedica largas horas de la noche al estudio.

Otra visión más amplia de sacerdocio empezó a vivir en su mundo interior. La penuria e indigencia en que vive la población de Mondragón le hace reflexionar.

Por otra parte, la formación del Seminario no le había llenado plenamente. No es que rechazase aquella visión de sacerdote como imitador del sacerdocio de Cristo, pero no respondía a una visión más amplia de sacerdocio que él vivía.

Por algunos testimonios, hoy sabemos, que juzgaba severamente la formación recibida. “Me dieron una formación escolástica y vi que aquello era esquema, elemento inerte” (Azurmendi “El hombre Cooperativo. Pensamiento de Arizmendiarieta”. 1984, p.171)

“El mensaje de la salvación no podía quedar en esquema mental cielo-infierno, pecado-gracia, sino realizarse en la vida concreta de los hombres con capacidad de desarrollo, con sentido comunitario, con capacidad de pensar, inventar y servir”

D. José María dedica largas horas de sueño al estudio. José María Ormaechea, uno de sus fieles discípulos, dirá “D. José María se alistó muy pronto, allá por 1945, a las corrientes más avanzadas de los fundadores de la revista “Esprit” que él obtenía buceando en la Librería Easo de San Sebastián, a la que acudía a seleccionar los textos más al día, que ordinariamente provenían de pensadores cristianos franceses”

Pensadores cristianos franceses de aquellos tiempos eran Mounier, Maritain, Chenu, Congar, De Lubac, Danielu, Teilhard de Chardin, Charlier...

En la bibliografía de la obra de Joxé Azurmendi se incluye un apartado de los libros de la biblioteca particular de Arizmendiarieta. Son 304 títulos. Se capta por ellos cuáles eran los intereses que vivía el espíritu de D. José María. Ahí están los nombres y títulos de algunos libros de Maritain, Mounier, Ortega y Gasset y abundancia de autores y libros de Sociología y Economía. Los títulos de carácter religioso son 115: el 38% de sus libros.

Sus visitas a la librería Easo de San Sebastián, con el acopio de libros, copias, escrito de la “nueva teología” fueron modificando, transformando a su mundo interior, hasta conseguir, particularmente con la ascética del autor del “Medio Divino”, Teilhard de Chardin, la confección de una espiritualidad, que le llenaba mucho más que la recibida en el Seminario

En la conferencia que pronunció en Aranzazu sobre la “Espiritualidad de lo económico” dirá “la espiritualidad es pura abstracción tal como la explicamos, pues la vida está impregnada de lo económico y determina estructuras, poder,

el futuro de los seres. Y se pregunta: ¿En qué queda el Evangelio si no te comprometes en la realidad social?

El pensamiento espiritual de D. José María se podría resumir en lo que Hans Küng describe en uno de los capítulos de su libro “Ser cristiano” “La causa de Dios en la tierra es el hombre”

La causa de Dios no es el culto, es el hombre. El propio hombre pasa a ocupar el lugar de Dios. El servicio del hombre no suplanta el servicio de Dios, sino que el servicio de Dios jamás dispensa del servicio del hombre”

En el evangelio Jesús nos dice: “En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” y “En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo” Mt 25, 40-45

D. José María en la carta que le escribió a su Obispo y amigo D. José María Setién, venía a decirle que lo importante y destacado en el Evangelio es el servicio al hombre y no el culto.

Otro capítulo de la espiritualidad de D. José María. Siguiendo a Teilhard de Chardin dirá. “La Creación no quedó totalmente hecha, Dios puso al hombre en el paraíso para trabajar. En el mundo las cosas están sin terminar”. De ahí que “todo trabajo humano es colaborar en esa grandiosa marcha de los siglos, donde los hombres tenemos un papel que no puede cumplir ningún otro ser”

En otro lugar dirá: “Tratemos de ser constructores de una nueva sociedad, de un nuevo orden, que reconozca al hombre el verdadero puesto que le corresponde por designio en la Creación...”

Para terminar, la espiritualidad de D. José María podía resumir en estas dos palabras tan queridas y tan repetidas por él:

La persona (el lugar de Dios) y **el trabajo** (colaboración con Dios).

José María Arizmendiarieta (1915-1976), coadjutor de Mondragón

Pako Etxebeste (Donostia 1947) es actualmente coadjutor de la parroquia de Mondragón. En estos momentos estudia la relación entre el Proceso humano (personal y social) y la Gracia de Dios. Desde esta perspectiva ha escrito "El proceso humano-espiritual de José María Arizmendiarieta".

Como introducción y síntesis final de este pequeño testimonio podemos decir que José María Arizmendiarieta, inspirador y promotor de la Experiencia Cooperativa de Mondragón, fue un cura, discípulo de Jesús, que, salvando distancias insondables, “fue y se hizo pobre para enriquecer a muchos” (2 Cor 8,9)¹.

José María nació en 1915, en el caserío Iturbe del barrio Barinaga de Markina (Bizkaia), cuando Europa se hallaba inmersa en la primera guerra mundial. Su padre fue un hombre de campo de carácter afable. Su madre, una mujer inteligente analfabeta, austera y trabajadora. Será referente fundamental del que se convertirá en “el hombre cooperativo”². José María fue el mayor de cuatro hermanos.

José María perdió un ojo cuando tenía tres años. Esa circunstancia unida a su gran capacidad para aprender, le hicieron ver a sus progenitores, sobre todo a su madre, que su futuro no estaba en llevar el caserío, sino que Dios le conducía por y para otros caminos. A los once años, ingresa en el Seminario Menor de la diócesis de Bizkaia. En septiembre de 1931, cuando José María, cuenta con 16 años, inicia 5º de latín en el Seminario Conciliar de Vitoria, donde estudian 800 alumnos. En septiembre de 1935, con veinte años, se dispone a estudiar 1º de teología. El joven se introduce en la “mística del sacerdocio” propiciada por la máxima “ser sacerdote, siempre y en todo sacerdote”. En julio de 1936, mientras José María pasa sus vacaciones en su caserío de Markina, comienza la Guerra Civil Española. José María se alista en el ejército del Gobierno Vasco, donde le destinan al servicio de prensa. La caída de Bilbao, en julio de 1937, le lleva a huir a Francia, pero en Irún da marcha atrás, y eso le costó la cárcel. En agosto es juzgado ante un tribunal militar “en juicio sumarísimo y de urgencia”. Gracias a buenos informes exculpatorios y a su declaración de que había actuado no al servicio del Gobierno Vasco sino del ejército vasco, puede salvar su vida, cosa que no sucedió con algún compañero de su pueblo, lo cual le dejó una

profunda herida en su alma. En diciembre de 1937, comienza 2º de teología en el Seminario de Vergara (Gipuzkoa), donde los que pasaron por él lo recordarán por el hambre y frío que padecieron.

Bajo el influjo del director espiritual, Rufino Aldabalde, José María tomará conciencia del proceso de fe y de misión que implica ser sacerdote, vivir a imagen y semejanza de Cristo. De hecho, Aldabalde propagará entre los seminaristas la frase de Chevrier: “El sacerdote es un hombre comido”. Estando en Vergara, José María recibe una prueba más: Debe realizar el servicio militar en Burgos. Será en la ciudad castellana donde estudiará 2º y 3º de teología. En septiembre de 1939, terminada la guerra, hace unos ejercicios espirituales para excombatientes, dirigidos por Aldabalde. José María se reafirma en su vocación sacerdotal. Tras los ejercicios, comienza 4º de teología en Vitoria. En diciembre de 1940, es ordenado sacerdote por el obispo de Vitoria. El 1 de enero de 1941 celebra su primera misa en su querida parroquia de Barinaga. José María sueña con ir a Lovaina a estudiar ciencias sociales, pero el obispo le destina a Mondragón. En febrero, llega a la villa cerrajera un día antes que el nuevo párroco, José Luis Iñarra. Ambos vivirán juntos su servicio pastoral hasta el final de sus días, otoño de 1976.

Mondragón era entonces una villa industrial partida en dos por la traumática experiencia de la guerra y necesitada de pan, de trabajo y, sobre todo, de dignidad. Arizmendiarieta se dedica a los servicios de la parroquia y a la formación de los jóvenes en la Acción Católica y en la Escuela Profesional de la Cerrajera. Los primeros 10 años de trabajo pastoral y educativo, va tomando conciencia de que aquella gente tenía necesidad de un presente, pero también de un futuro, y la única manera de conseguirlo era convencerles para que unieran fuerzas y lo labraran ellos mismos. Cinco de aquellos jóvenes, ya convertidos en peritos, ponen en marcha Ulgor, la primera cooperativa industrial del entorno, que con el tiempo se convertiría en Fagor. A falta de pan, se puso en marcha, siempre bajo la inspiración de Arizmendiarieta, la cooperativa San José, que se convertiría en Eroski. Ante la necesidad de financiación, nacieron Caja Laboral y Lagun Aro. Más tarde se uniría la nueva escuela Profesional. Sobre estos cuatro pilares, había nacido la experiencia cooperativa de Mondragón.

A partir de ahí más personas fueron incorporándose a la Experiencia Cooperativa. Con su ejemplo, demostraron que la cooperación funcionaba, y cada vez más y más trabajadores decidieron unir sus fuerzas para ser dueños de su destino laboral. José María Arizmendiarieta, a través de constantes editoriales, en la

revista Cooperación y más tarde T.U. (Trabajo y Unión) iba desgranando el pensamiento y espíritu de la cooperación:

- No se puede practicar la justicia donde se ignora lo que es la dignidad humana (003)
- Primero hombres (personas) y luego cooperativas (023)
- Actuar y no ganar, crear y no poseer, progresar y no dominar (147)
- Hay que socializar el saber para democratizar el poder (185)
- Entre el pasado, donde están nuestros recuerdos y el futuro, en el que tenemos nuestras ilusiones, debemos afrontar el presente, abrazando los deberes que nos imponen las circunstancias (108)
- Creer en el Evangelio es creer en el hombre (persona) en su vocación y dignidad, más que en su cuna, su cultura, o su dinero o su poder (152)

José María Arizmendiarieta predicaba la pobreza solidaria con el ejemplo:

- Se desplazaba de un sitio a otro en una bicicleta. Sólo en 1967, cuando le falló el corazón, tuvo que aceptar andar en bicicleta con motor (Velo-solex)
- Cuando a comienzos de la década de los sesenta se tiene que desplazar a Alemania, en pleno invierno, para estudiar la problemática educativa y empresarial en aquel país, uno de sus discípulos, Xabier Retegi, le tendrá que dejar su abrigo.
- En sus frecuentes visitas a Madrid, recurre al auto-stop y a los viajes más baratos. Se hospeda en la casa de la Mutual del clero o en alguna pensión barata.
- Conoció de primera mano a altos funcionarios y ministros de educación y trabajo, pero atendía con igual o mayor calidad a los jóvenes trabajadores y, en general, a personas que necesitaban trabajo, vivienda o escucha.
- A finales de 1974, adquiere el mal de quirófano, en una de sus varias intervenciones quirúrgicas, realizadas en Madrid. De vuelta a Mondragón escribe a la Mutual del Clero para tratar de obtener algún ingreso extraordinario para obtener algún ingreso suplementario. “No me ha gustado nunca imponer a otros cargas que pudiera soportar personalmente, pero en esta ocasión

rebasan mis posibilidades”. El creador del mayor grupo cooperativo español es incapaz de pagar los gastos de sus medicamentos. La repulsa que Aldabalde había enseñado hacia el sacerdote materialista, calculador de rentas y haberes, le había llevado a ser un pobre incapaz de alardear de pobreza.

- Yo le conocí personalmente, al final de su vida, entre 1975 y 1976, en una reunión de educadores de Escuelas Profesionales en torno a Mondragón. Yo venía de Bergara y al entrar en el edificio indicado, vi a uno que, por su sencillez en el vestido y su disponibilidad de acogida, pensé que era el portero o bedel. Le pregunté donde era la reunión y él amablemente me condujo al piso donde se iba a celebrar. Cuando empezó la reunión, vi que el presunto portero o bedel pedía la palabra y hablaba con autoridad. Pregunté al que estaba a mi lado: ¿Quién es? Don José María, me dijo, simplemente, extrañado de que yo no le conociese. Aquella escena siempre la he recordado con cariño.

Entre junio y agosto de 1976, nueva hospitalización y operación en la Clínica de la Concepción de Madrid. En septiembre, nuevo ingreso en dicha clínica. A finales de octubre, ante la irreversibilidad de su estado, es trasladado de Madrid al Centro Asistencial de Mondragón. El 2 de octubre, muere José Luis Iñarra, el párroco de san Juan Bautista, su compañero de fatigas durante 35 años. El 29 de noviembre, Arizmendiarieta se siente morir. Pide a los suyos que le acompañan que le recen el Magníficat, una de sus oraciones favoritas. “¡Ay, amá!”, pronuncia al exhalar su último suspiro. A las ocho de la tarde fallece, a los 61 años, el coadjutor de Mondragón. En diciembre de 2015, es declarado Venerable por la Iglesia católica.

Notas

1 La Experiencia Cooperativa de Mondragón puede describirse en 2020 con los siguientes valores: 95 empresas cooperativas y 80.000 personas, la mayoría socios cooperativistas, repartidas en sus cuatro áreas de negocio: industria, distribución, finanzas y conocimiento.

2 Joxe AZURMENDI, El hombre cooperativo, Pensamiento de Arizmendiarieta (851 páginas). Caja Laboral Popular (1984).

Semblanza espiritual de don José María Arizmendiarieta

Mikel Ormazabal, de 27 años de edad y natural de Eibar, fue ordenado sacerdote en el 2020. Cursó los estudios de filosofía y teología en el seminario de Pamplona. Actualmente es el delegado de juventud de la diócesis de San Sebastián, además de capellán de un colegio y coadjutor de varias parroquias.

Un hombre extraordinario, es lo que revelan los escritos y pensamientos de don José María Arizmendiarieta. Así como podemos conocer la personalidad y el mundo interior de un artista observando su obra, así también –y de modo más profundo– la obra escrita de cualquier hombre es una ventana abierta por la que podemos asomarnos para ver, descifrando cuidadosamente las palabras que un día estiló, el hombre que llegó a ser. Cualquiera que se asome a esta ventana podrá conocer al verdadero Arizmendiarieta, un hombre extraordinario que desde su más tierna infancia –allá por el caserío Iturbe de Marquina– fue formando en sí la imagen de Cristo.

Esa imagen, esculpida a golpe del cincel y martillo de los acontecimientos que la Divina Providencia dispuso para Arizmendiarieta, llegó a gozar de una semejanza asombrosa con Aquél en torno al cual giraba su vida entera. Don José María fue un hombre agraciado con grandes dones y virtudes naturales: un temperamento sencillo, afable y cercano; una vitalidad e inteligencia desbordantes; y una intrépida audacia. Esa forma de ser constituyó la materia perfecta sobre la que se esculpiría la imagen de Cristo. Pero, así como hay talentos que podemos desaprovechar e incluso malgastar escondiéndolos bajo tierra, lo que verdaderamente llama la atención en Arizmendiarieta es que parece que nada en él caía en saco roto, todo tiempo era “tiempo de salvación”: Arizmendiarieta supo vivir un *Quirós* permanente gracias a su oración constante, su piedad eucarística y su devoción mariana. Todas y cada una de las experiencias vitales –fueran gozosas o dolorosas, dulces o amargas– eran bien aprovechadas en su camino de santidad, no desperdiciando ni huyendo ante ninguno de los golpes de cincel con que el divino escultor le fue dando forma.

Así, el que fuera ordenado sacerdote en diciembre de 1940 se lanzó a la misión hasta el día de su muerte consciente de ser víctima como Cristo, y con el deseo de ser como Cristo “sacerdote para siempre y en todo sacerdote.” La imagen de Cristo quedó reflejada en la persona de Arizmendiarieta de modo admirable.

Tres fueron los ámbitos en que este reflejo brilló con especial resplandor, analizando los cuales podemos trazar con meridiana exactitud el semblante espiritual de quien fue un santo sacerdote.

El primero y más importante fue el amor a Dios. Del mismo modo que es conmovedora la figura del Jesús orante transmitida por los evangelios, así también don José María dedicaba largos y frecuentes momentos de oración en los que se unía a Cristo con gran intimidad. La piedad, la reverencia y el recogimiento a la hora de celebrar la Eucaristía evidenciaban la unión de corazones, y el amor tierno y filial que profesaba a la Madre de Dios no era sino muestra de que, partiendo del amor a Dios, Arizmendiarieta había podido ordenar todo el resto de amores. Así, el amor a Dios implicaba amar también todo aquello que Dios ama. La Virgen, pues, ocupó un lugar singular en la vida de don José María, frecuentándola en sus visitas al santuario de Arrate, y tomándola constantemente de la mano con el rezo del santo Rosario. Precioso guiño de la Providencia, como si fuera una señal de feliz aprobación, fue el permitir que la muerte de Arizmendiarieta sobreviniera mientras trataba de recitar, exhalando sus últimos alientos, el himno del Magníficat junto a varios compañeros.

El amor a las cosas del Cielo llevó a Arizmendiarieta, en segundo lugar, a acrecentar en sí un santo deseo de que la sociedad entera participase de la gloria celeste. Siguiendo a Cristo encarnado, también José María buscó el modo de encarnar a Cristo en la vida social, es decir, de que Cristo pudiera impregnar todos los ámbitos de la sociedad, especialmente el de las relaciones laborales. Se consagró al servicio del Reino de Dios en cuerpo y alma. Con todas sus facultades físicas y mentales dedicó a este gran proyecto un sinfín de energías que acabarían incluso minando su salud. Una gran revolución, una manera distinta de organización social y laboral, un giro de 180 grados era el que se había propuesto liderar con el fin de transformar el mundo en una sociedad verdaderamente justa. Tal fin, el del bien y la justicia, no admitía contemplaciones para Arizmendiarieta: “ante el bien y el mal, la justicia y la injusticia, no se conciben vacilaciones”.

Con todo, se equivoca el que piense que la figura de Arizmendiarieta se reduce a la de un sacerdote meramente revolucionario. Esa faceta revolucionaria es la consecuencia del modo en que Arizmendiarieta entendió y vivió su sacerdocio. En el sacerdocio de Arizmendiarieta encontramos las raíces que lo nutrieron hasta dar fruto y florecer con las flores y los frutos de una sana doctrina social y económica inspirada en la doctrina social de la Iglesia. Así, su vivencia del

sacerdocio, que lo configuró ontológicamente y para siempre con Jesucristo –sumo y eterno sacerdote– constituye el último aspecto por medio del cual la vida de Cristo resplandeció en don José María. No se trataba solamente de transformar la sociedad reorientándola hacia formas de organización más justas, sino de dar la vida al mundo. Arizmendiarieta entendió y trató de vivir su sacerdocio desde esta perspectiva sacrificial: el grano de trigo ha de ser enterrado y morir para dar fruto. Solo desde aquí podemos entender el espíritu mortificado de don José María y, como testificaron varios de los médicos que lo atendieron, su temple espartano, tenaz y entero. “Vivir es derramarse como perfume” acostumbraba a decir, y en los momentos en los que la enfermedad y el dolor eran más agudos aprovechaba para renovar la ofrenda de sí mismo –uniéndose al sacrificio redentor de Cristo– que actualizaba diariamente en la celebración de la Eucaristía diciendo: “conscientemente acepto y ofrezco a Dios la prueba por el bien de todos”. Detrás de estas palabras podemos vislumbrar la profunda vida interior de Arizmendiarieta: un hombre que con Cristo se entregó por completo al Padre siendo “siempre sacerdote y en todo sacerdote”.

EPILOGO: ARIZMENDIARRIETA, ESPIRITUALIDAD ENCARNADA

Por **Xabier Retegi**

Los escritos que preceden describen la espiritualidad de Arizmendiarieta destacando dos etapas de su vida: la adquirida en su niñez (familia y parroquia) y la desarrollada en el seminario (“Movimiento sacerdotal del seminario de Vitoria”). La espiritualidad de esas épocas estará presente a lo largo de su vida y será motor de las acciones que emprende. Hay también una tercera fase (actividad sacerdotal) en la que los postulados espirituales se “encarnan” en la realidad en que vive (“Espiritualidad encarnada”).

Los autores anteriores describen bien la semblanza espiritual de Arizmendiarieta que culmina con la declaración de “Venerable” por la Iglesia, que reconoce el cumplimiento de las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad “*en grado heroico*”. Los últimos suspiros de su vida, pidiendo la lectura del “Magnificat”, son la culminación de una intensa vida espiritual.

La espiritualidad vivida en el “*microclima*” del seminario se vería bruscamente interrumpida por la contienda bélica. La guerra civil, la cárcel y la milicia interrumpen su formación y le enfrentan a su destino. Son tres años de zozobras e incertidumbres que ponen a prueba su vocación y de las que sale reforzado en su decidida voluntad de entrega a los demás desde el sacerdocio. Tras su ordenación, habiendo optado decididamente por “lo social”, se enfrenta a la dura realidad de posguerra. Se encontró con una sociedad en situación precaria, diezmada, dividida, empobrecida y con afán de revancha.

La connivencia de la Iglesia española con el régimen dictatorial, por una parte, y sus antecedentes de militancia en el bando republicano, por otra, generan no pocos recelos y desconfianza hacia su persona. Ante cualquier iniciativa, unos sospechan de “colaboracionismo” con el régimen mientras otros le acusan de “*fomentar la rebelión*” contra el sistema.

Paralelamente la sociedad inicia una profunda metamorfosis. La mayoritaria adscripción de la población a la Iglesia Católica (nacional catolicismo), se solapa con nacientes movimientos subterráneos y clandestinos en los que afloran la



SEPTIEMBRE DE 1976

Dos meses más tarde fallecería (61 años).

diversidad de sentimientos, políticos, sociales y religiosos. La debilitación del régimen dictatorial y la consecución de las libertades democráticas aceleran el progresivo movimiento de la población hacia posiciones agnósticas alejadas de las religiones.

En este contexto social se desarrolla el magisterio de Arizmendiarieta. La vocación y la espiritualidad siguen intactas pero no se pueden limitar al ámbito creyente. Pronto se percata que la formación escolástica recibida no responde a la visión más amplia de sacerdocio que él entiende. Necesita “encarnar” su espiritualidad en la vida social. Es la totalidad de la diversa población la que requiere de su atención.

En esta convulsa situación, Arizmendiarieta apuesta decididamente por la **centralidad de la persona**, su dignidad intrínseca y libertad inviolable que le convierten en núcleo, eje y centro de la sociedad. Todas las personas sin distinción de raza, credo, sexo o condición, son objeto de atención en su acción pastoral y que es preciso potenciar para que puedan protagonizar su propio destino. Afianza su elección humanista en avanzados pensadores cristianos, la doctrina social de la Iglesia, encíclicas papales, escritores y líderes globales.

Con ese convencimiento, apalancado en la Acción Católica, con la metodología de la JOC (Juventud Obrera Católica de “*ver, juzgar y actuar*”, inicia un movimiento comunitario de promoción social priorizando la búsqueda de “*igualdad de oportunidades*” en: educación, salud, vivienda y trabajo, que elimine las diferencias de origen y potencie las capacidades de todas las personas.

Sin paternalismos ni tutelas, con las personas y desde la misma comunidad, va generando instituciones civiles con personalidad jurídica propia que abordan las necesidades esenciales. La misma Escuela Politécnica, creada desde la comunidad con la tutela de la Iglesia Católica para su reconocimiento oficial, adquiere personalidad civil de “asociación” en cuanto la ley lo permite, para retornar a su procedencia originaria.

Las entidades así creadas transforman el panorama social haciendo que: los hijos de peones accedan a estudios superiores, se socialice la sanidad, se promuevan viviendas dignas y que los trabajadores se transformen en empresarios creando el movimiento cooperativo de Mondragón.

La actividad de Arizmendiarieta se desdobra en dos; en sus labores de coadjutor en la parroquia y en motivador-impulsor del movimiento comunitario:

- Para la comunidad cristiana trabaja en la parroquia atendiendo las labores pastorales. Transmite a la feligresía los postulados de la religión y la necesidad de dar coherencia a la vida con los principios que profesa. Su predicación incide especialmente en cuestiones sociales. Desde la Verdad Divina busca dar sentido a la vida de las personas para cumplir con la misión encomendada en la tierra, en busca de su salvación. Es una predicación entre creyentes, desde la Verdad Divina hacia la persona. (De arriba hacia abajo) (“*top-down*”) (Teocentrismo). La espiritualidad adquirida en el seminario encaja plenamente con su cometido parroquial.
- Para su labor social-comunitaria trabaja desde su despacho en la Escuela Politécnica (consiliario) relacionándose con una sociedad plural y laica. Arizmendiarieta alienta, motiva y guía a la comunidad, en procesos de promoción social que se sustenten en principios de Verdad, Justicia, Solidaridad y Paz. Motiva a las personas en la búsqueda de su sentido de trascendencia y a las entidades a crear estructuras personalistas que, siendo eficientes, respondan a los anhelos de progreso. Es una predicación en una sociedad laica, desde la centralidad de la persona y su integración comunitaria. La formación adquirida en el seminario necesita adaptar su mensaje. Busca argumentos y motivaciones que, centradas en la persona y la comunidad, induzcan a avanzar por caminos de búsqueda de la trascendencia. Desde abajo hacia arriba (“*Bottom-up*”) (Antropocentrismo).

Ambas vías no son antagónicas, proceden de la misma espiritualidad y vocación sacerdotal. Aplica principios cristianos en el proceso de promoción laica y también reconoce que la consecución de la fe es un proceso de búsqueda permanente que cada persona (creyente o no) en su libertad, debe recorrer. El creyente camina, desde la fe, en búsqueda de una vida coherente y el agnóstico busca la verdad y los caminos que le lleven a conocer el sentido de vida y su misión trascendente.

Arizmendiarieta adapta su mensaje a la realidad y “encarna” su espiritualidad en principios que nutren los anhelos más nobles de la sociedad. Muestra los caminos que conducen hacia la trascendencia incidiendo en los siguientes argumentos:

- Entiende el **trabajo** como fuente de creación y base del desarrollo personal y social. Rechaza la concepción del trabajo como “maldición bíblica” convirtiéndolo en inmensa oportunidad para colaborar con Dios en la inacabada tarea de la creación. El esfuerzo, la creatividad y la motivación personal y social

dan al trabajo un sentido artístico que trasciende la vida de la persona dejando un mundo mejor para futuras generaciones. Inculcó el afán del trabajo como fuente de realización, por encima de la motivación crematística o de dominio (“crear y no poseer, actuar y no ganar, progresar y no dominar”). Repetía el lema “El trabajo y la honradez dignifican a la persona”. También utilizaba con frecuencia el escrito del dintel de un palacio de Mondragón: “Solus labor parit virtutem, sola virtus parit honorem” (Sólo el trabajo engendra virtud, solo la virtud engendra el honor). El trabajo justifica y da un sentido trascendente a la vida y es camino de salvación.

- La **familia**, a través de la descendencia, da continuidad a la historia de la humanidad, añadiendo un eslabón entre el pasado y el futuro. Procrear, criar, educar y encauzar en la vida, son nobles actividades que requieren dedicación y entrega. A cada generación le corresponde recibir la herencia del pasado y “añadir valor” para legar un mundo mejor a las nuevas generaciones. Arizmendiarieta da un enorme valor a la vida familiar: propicia la dignidad de las viviendas, socializa el acceso a la educación, propicia las mismas oportunidades para el varón y la mujer y se preocupa de la situación de las “amas de casa” para que puedan compatibilizar la atención familiar con la dedicación profesional. La familia ofrece una oportunidad para llenar de sentido la vida y justificar la existencia. Es fuente de salvación.
- El concepto de **comunidad** y las relaciones de la persona con su entorno, representan un salto cualitativo importante en el magisterio de Arizmendiarieta. “Nadie se salva en solitario”, todos dependemos de todos y somos deudores del legado recibido. La persona es un ser social que requiere de la comunidad, se nutre de ella y prospera en ella. El concepto comunitario tiene fundamento humano, económico y social. Arizmendiarieta dedica especial atención a la comunidad y desarrolla conceptos de “cooperación” para: articular relaciones, superar problemas, afrontar retos y generar organizaciones en las que se instalen principios de justicia y solidaridad. El concepto de comunidad modifica la escala de valores moderando afanes de logro personal en aras al progreso común. “No buscamos la existencia de ricos en la sociedad sino la consecución de una comunidad rica en opciones para todos” (señalaba Arizmendiarieta). El esfuerzo comunitario es camino de santificación, busca la trascendencia y da sentido a la vida.

- Pero, en la búsqueda de la trascendencia hay otra dimensión que requiere atención; es **el ámbito espiritual**. La existencia de una “dimensión espiritual” plantea retos e interrogantes que es preciso abordar. El alma inmortal, la vida tras la muerte y la presencia de un Ser Supremo llamado Dios, son espacios intangibles que requieren adentrarse por los caminos de la Fe. Es preciso enfrentarse a la búsqueda última de la Verdad que dé coherencia a la vida, a través de un trayecto personal de búsqueda que conduce a Dios. Se dice que la fe “es un don Divino”, pero la búsqueda de la trascendencia es el camino para recibir ese don. Unidos a Dios por la Fe, la vida adquiere otra dimensión, cambia y da coherencia a la escala de valores de la persona priorizando el cumplimiento del modelo de vida predicado por Cristo.

Arizmendiarieta vierte su espiritualidad traduciéndola en caminos de perfección y salvación para todos e induce en las personas la búsqueda de la trascendencia y sentido de vida, dando lo mejor de sí mismas. Con una profunda fe en la persona, trabajando en su capacitación y motivación, ofrece horizontes de esperanza a la sociedad que es capaz de protagonizar ambiciosos proyectos de transformación social. En el seno de una sociedad laica, transforma su fe en palabras y éstas en acciones que responden a los más nobles afanes de verdad, justicia, amor-solidaridad y paz. Siguiendo el ejemplo de Jesús, se entrega de lleno a la tarea hasta la extenuación.

